

PRIMERA PARTE

Introducción a los años 50

Que comienza con tres de los reportajes del autor y Raúl Corrales —los primeros que publican en Carteles y antecedentes del movimiento ecológico mundial que se iniciaría años después— denunciando la devastación forestal que amenazaba convertir a Cuba en un desierto. Le sigue otro sobre el entonces casi universalizado en el país fenómeno del juego. Tres se refieren a la Ciénaga de Zapata, aquella entonces marginal, casi desconocida y en algún sentido pintoresca región —escenario sin embargo de conmovedoras luchas de sus habitantes por la sobrevivencia. Terminase con aquella en su momento famosa peregrinación de la “Estigmatizada” —curiosa y a la vez expresiva estampa de la época.

¡EL HACHA Y EL FUEGO ARRASAN LOS ÚLTIMOS MONTES QUE QUEDAN EN CUBA!

El lector, con su imaginación, nos ha de acompañar a un largo viaje.

Un viaje en el que recorreremos casi toda Cuba. Desde su parte más occidental hasta su extremo más oriental. Bajando a sus más profundos valles. Ascendiendo a algunas de sus más altas montañas. Visitando lugares céntricos y lugares alejados. Realizando, en fin, un recorrido amplísimo, en el que veremos mucho de lo más bello y lo más valioso que hay en nuestro país. Sin embargo, no será un viaje de amable recreación. Todo lo contrario.

Porque a través de él hemos de constatar, precisamente, cómo lo más bello y lo más valioso que tiene Cuba, las regiones naturales, están sufriendo un proceso de devastación superficial, que amenaza con su propia existencia.

Las regiones naturales de Cuba, exteriormente, la forman montañas, valles, planicies, y ríos que circulan por ellos. Estas montañas estaban cubiertas antes por una intrincada alfombra de monte firme. Los mismos valles sostenían a veces en su gruesa capa vegetal un inmenso bosque. Y los ríos, bien alimentados, porque los árboles propiciaban que el suelo absorbiera la mayor parte del agua de las precipitaciones, competían unos con otros en caudal y fuerza.

Hoy el espectáculo que ofrecen estas regiones es muy diferente.

Empresas expansionistas y hombres presionados por la necesidad o por un ávido afán de riquezas, hace algunos años, comenzaron a darse a la tarea de acabar con los montes que cubrían esas llanuras y montañas. En muy corto período talaron, quemaron o arrancaron de cuajo millones de árboles.

Ahora bien, al hacer esto, estaban destruyendo al propio tiempo la capacidad de los suelos para retener el agua de las precipitaciones, y para defenderse de los efectos terribles de la erosión.

Así, los bosques que cubrían las montañas cubanas desaparecieron. Y en ellas ya no quedan árboles. Pero ocurre que tampoco le quedan suelos productivos. Desnudas de su monte protector, se convirtieron en las víctimas inermes de las fuerzas destructivas de la naturaleza, que arrasaron con su capa vegetal y las dejaron en el desnudo macizo rocoso que forma sus entrañas.



El hacha avanza sobre las más pendientes montañas: aquí un monte de la Sierra del Rosario en Pinar del Río muestra el proceso de devastación.

Y no sólo las montañas. El ímpetu devastador alcanzó también —y primero que a nadie— a los montes de las llanuras, muchas de las cuales, feraces en una época, pasan hoy por el trance de convertirse en infecundos desiertos.

Por otra parte, los efectos de la destrucción también se han reflejado en ríos que en otra época fueron caudalosos, y que hoy pueden ser cruzados de un salto en cualquier parte de su lento e indeciso curso hacia el mar.

La aniquilación forestal de Cuba, en una palabra, ha llegado a tal extremo de que hoy la nación se halla enfrentada al que es quizás el más grave y urgente problema económico de su historia.

Fijarse que ya no se trata solamente de los problemas concretos de un país subdesarrollado, de estructura colonial. Fijarse que ya no se trata solamente de los problemas de nuestra dependencia económica de un monocultivo hoy en crisis. Fijarse que ya no se trata solamente de la vida de un pueblo hambreado en medio de la improductiva existencia de decenas de latifundios vírgenes.

No. Se trata de algo todavía más importante. Se trata de que nuestra Cuba verde, fértil y rica, se está transformando en una Cuba desconocida, pálida, estéril y empobrecida. Se trata de que todos los recursos, explotados y potenciales, de nuestro país atraviesan el peligro de desaparecer. Porque el desierto está ya sustituyendo en muchas partes a la llanura fértil. Porque la capa vegetal de las montañas está siendo desplazada por la roca desnuda. Porque los ríos y los mantos subterráneos de agua enflaquecen. Porque dentro de pocos años, sin tierras que sembrar, ni agua que beber, nuestra Isla quedará equiparada a la más infertile de las áridas regiones del mundo. Se trata, pues, de un problema de SUPERVIVENCIA. Un problema que no admite alternativas posibles. *O se repara y acaba la destrucción de los montes. O la destrucción de los montes acaba con Cuba.*

Lo que vamos a contestar

Esta serie de reportajes que iniciamos hoy, pretenderán contestar objetivamente las siguientes importantes preguntas :

¿En qué cuantía han sido devastados los montes que en una época cubrían casi prácticamente toda Cuba? ¿Quiénes han destruido esos montes? ¿Por qué? ¿En qué forma?

¿Es verdad que un grupo de individuos y empresas, violando todas las normas vigentes en materia de legislación forestal y en complicidad con elementos de la siempre corrompida maquinaria de la administración pública de nuestro país, se encuentra en estos momentos arrasando con las escasas áreas de bosque virgen que quedaban?

Y este incontrolado y brutal proceso de destrucción en masa de los árboles, ¿qué graves consecuencias producirá?

Vayamos por partes. Y hoy hablemos solamente de Pinar del Río.

Pinar del Río

Nuestro reportaje, es decir, nuestro viaje, comienza por Pinar del Río.

Pinar del Río pertenece a lo que los geógrafos llaman Región Occidental de Cuba.

Es una zona de bellos contrastes. De llanuras inmensas, inabarcables con la vista. Y de cordilleras, de montañas, altas e irregulares. Estas últimas, constituyen cuatro grupos bien definidos: Cordillera de los Órganos, Sierra del Rosario, Alturas de Pizarra del Norte y Alturas de Pizarra del Sur.

El lector puede observarlas mejor por medio del mapa adjunto.

Pinar del Río tiene una vieja historia.

Según los geólogos —hombres de ciencia que se pasan la vida dedicados a la indiscreta tarea de averiguar

la composición y edad de la Tierra— Cuba comenzó a nacer, hace miles de millones de años, precisamente, por Pinar del Río.

Las Alturas de Pizarra de que hablábamos antes, por ejemplo, pertenecen al período geológico llamado “cretáceo”, nombre un tanto impresionante, pero que sólo viene a significar que se formaron hace la friolera de 130 millones de años.

Claro, esa época de Cuba en pañales de roca no nos interesa ahora.

No nos interesa siquiera una época más reciente, digamos 400 años atrás, cuando el descubrimiento de nuestra Isla por Colón. Entonces, Pinar del Río, como el resto de nuestro país, estaba todo cubierto de bosques y se le podía atravesar de un extremo a otro caminando siempre bajo la sombra de los árboles, según testimonio del Padre Las Casas.

Lo que nos importa en estos momentos, es cómo se encuentra Pinar del Río en la actualidad, desde el punto de vista de sus formaciones forestales.

Tales formaciones, hasta principios de siglo, se localizaban aún en estas cuatro subregiones:

1. Sierra del Rosario.

Península de Guanahacabibes.

Alturas Pizarrosas del Norte y el Sur.

Cordillera de los Órganos.

1. Los montes de Sierra del Rosario

A menos de 100 kilómetros de La Habana, por la Carretera Central, se halla San Cristóbal.

El paisaje que rodea a este pueblecito pinareño es muy disímil.

Hacia el sur, lo limita una plana y uniforme llanura que se extiende hasta el mar.

Hacia el norte, tiene la barrera azulada e irregular de la Sierra del Rosario.

Amanece.

Un aire fresco y suave, aún no entibiado por los rayos del sol, sacude ligeramente las hojas de los árboles que se desarrollan a la vera del camino. Éste, es un ancho sendero de tierra, que surge perpendicular a la Carretera Central, para internarse luego en el lomerío de la sierra.

La guagüita en que vamos nos tiene en tensión constante.

El camino no es más que un intento de terraplén cuyas condiciones empeoran la irregularidad del terreno. La guagüita, por otro lado, es uno de esos vehículos del tipo llamado “comando”, que tiene su *winche*, cuatro tremendos pares de ruedas y, según el chofer, no recordamos cuántos diferenciales y refuerzos de acero, capaces de domeñar las más irreductibles vías.

Con todo, no vamos tranquilos.

Al comenzar a subir una pendiente, ésta nos luce tan pronunciada que decimos: no, no podrá llegar arriba.

Pero llega. Y cuando alcanza la cima, uno mira hacia abajo y se estremece: ¿y si ahora se cae?

A esta zona le llaman Las Murallas. Pero creemos que el nombre que mejor le cuadra es el genérico y expresivo que le dan los vecinos : Las Lomas. Porque, ciertamente, hacia donde quiera que uno dirija la vista aquí eso es lo que se ve. En Sierra Rosario, no hay veinte metros cuadrados de terreno llano.

Un grupo de campesinos va en la guagüita.

Y con ellos conversamos animadamente.

—¿Para cuándo piensan construir esta carretera?

—Hace tres años que estamos luchando con ella. Pero ya ve, tenemos solamente el terraplén. Lo que hace falta es que el gobierno ayude a terminarla.

—¿Nada más lleva tres años de construido este camino?

—Nada más.

—Y antes, ¿cómo se las arreglaban para andar por aquí?

—A pie. A caballo. El café se sacaba a lomos de mulo.

—¡Ah, se siembra café por esta zona!

—Bastante. Hay algunos cafetales antiguos. Pero la mayoría es de hace sólo unos años, cuando se empezó a tumbar el monte.

—¿Cuándo qué?

—Cuando se empezó a tumbar el monte. Esto era monte firme antes. Hace sólo 25 años por aquí no se podía pasar sin bajarse uno del caballo, para abrir el trillo a fuerza de machete. Todas estas lomas que usted ve ahí, estaban cubiertas de árboles. ¡Le digo que esto era monte firme verdad!

Miramos a nuestro alrededor. Las lomas. Las montañas más altas.

No. Debe haber alguna equivocación.

Verdad es que estos hombres no tienen por qué mentir. Verdad es también que nosotros tenemos noticias históricas de que, efectivamente, esta región estuvo hasta hace unos años totalmente cubierta de bosque. Pero es que se hace difícil creer una afirmación semejante.

¿Acaso es posible que estas alturas desnudas, limpias, cubiertas apenas por una raquítica vegetación de tipo arbustivo, hayan estado alguna vez tapizadas por las copas de millones y millones de árboles enormes?

¿Acaso es posible que la mano del hombre tenga tal poder destructor que en pocos años devaste así las formas de un paisaje mil veces secular?

—¿Y qué se hizo ese monte? ¿Qué se hicieron los árboles?

—Los acabaron.

—¡Pero quiénes!

—Todos. Se tumbaba y se quemaba. Para sembrar. Para hacer potreros. Fíjese en aquella loma. ¿La ve? Está peladita. Pues yo la vi llena de árboles. Luego los cortaron. Y a lo que quedó, le prendieron fuego. Después, sembraron yerba de guinea para el ganado. En otros lugares se sembró café. Y en otros viandas.

—¿Y qué árboles había en esos montes?

—¡Uuh, de todos los árboles! Sobre todo, mucho cedro. Mucha caoba. Mucho sabinú.

—Entonces, ¿sacarían buena plata vendiendo la madera, ¿no?

—¿Plata? La madera no se vendía. Se quemaba. ¡La cantidad de palos buenos que se convirtieron en ceniza! Los árboles que se tumbaban no se podían sacar, porque no había caminos. Lo cierto es que aquello daba grima.

La guagüita, sigue dando tumbos por el irregular trayecto.

Ahora estamos en el corazón mismo de la Sierra Rosario. El camino serpentea entre las lomas. A lo lejos se divisan algunas alturas de mayor categoría, con sus cumbres ocultas entre las nubes. Observamos cuidadosamente el paisaje. En algunas partes pueden apreciarse colinas cubiertas por algún monte. Pero bien analizado éste, se comprende que se trata de monte bajo, arbustivo. O, en muchos casos, de pequeños rodales de árboles inferiores destinados a dar sombra al café que por allí se cultiva. Sin embargo, la Sierra Rosario estuvo en una época vestida por bosques inmensos de árboles de gran tamaño y variedad.

Hace solamente dos años, por ejemplo, un técnico en la materia colectó nada menos que cuarenta y cinco muestras de especies diferentes de plantas valiosas, restos aislados de las que integraron en otros tiempos los tupidos montes de la región.

Estas muestras probaban que en ella hubo gigantes rodiales de cedro, yaba, júcaro, dagame, uvilla, baría, roble, arabo, jagüey, jocuma, nogal, yaití y otras decenas de especies verdaderamente apreciables.

Pero de esta vegetación original apenas si queda algo.

No resistimos la tentación, por tanto, de ensayar brevemente una explicación parcial de los factores que entraron en juego para exterminar de manera tan violenta con la misma.

Pero permita antes el lector que le presentemos a un protagonista de aquellos hechos. Tal conocimiento facilitará su comprensión y nuestra tarea expositiva.

Hablemos, pues, con Charlón.

Charlón

Charlón tiene más de setenta años. Hace más de cincuenta que vino de España, y más de veinticinco que se estableció en esta zona inmediata a San Cristóbal.

—Cuando yo llegué aquí, esto era muy distinto a como usted lo ve ahora. ¡Figúrese!, monte impenetrable por doquier. ¡Cómo hubo que trabajar para despejar esto! Mañana. Tarde. Noche. Escuche, que le voy a contar cómo fue aquello.

Y nos lo contó.

—Yo vine creo que por el año veinticinco. Me daban la oportunidad de redimir el censo de esta finquita, con quinientos pesos. Claro, no valía gran cosa. Ya le dije que esto era monte firme y estaba sin explotar.

—¿Y vinieron muchos colonos como usted para aquí?

—Al principio éramos solo unos cuantos. Pero luego vinieron más.

—¿Y qué hicieron?

—Trabajar muy duro. Primero, abríamos un claro en el monte. ¡Todo a fuerza de hacha y candela! En ese claro levantábamos el rancho y sembrábamos viandas. ¿Había que comer, no? Luego, empezábamos a tumar el monte, en grande.

—¿Todos los árboles?

—Todos, menos los que dejábamos para sombra del café. Lo demás, había que tumbarlo. Quienes iban a criar algún ganado, quemaban lo que quedaba, para sembrar yerba para pasto del mismo. Los árboles que caían no se podían vender, aunque había muchos palos finos. ¡Ay, si hubiésemos sabido el precio que luego iba a alcanzar la madera! Supóngase, hoy vale más que el mismo café.

Charlón calla.

Pero ya no hace falta que hable más. Lo que ha dicho, basta para interpretar uno de los factores más importantes que ha intervenido en el proceso de despoblación forestal de Cuba.

Nos referimos a la *presión demográfica*.

Obsérvese que Charlón se internó en la Sierra del Rosario alrededor de 1925.

Este año, marca uno de los momentos culminantes en el proceso de desarrollo de la población cubana. San Cristóbal, para sólo citar el caso que nos ocupa, más que duplicó el número de sus habitantes entre 1907 y 1925.

Tal circunstancia, además, coincidió con esta otra: la imposibilidad de esa población creciente de expansionarse hacia las llanuras, debido a que éstas ya estaban por entonces controladas por propietarios y empresas latifundiarías.

La presión demográfica, de esta manera, comenzó a ejercerse en el sentido de empujar a las gentes hacia las regiones más supuestamente inaccesibles: fundamentalmente, hacia las zonas montañosas, cubiertas de monte firme.

Un proceso similar, está ocurriendo ahora en la Sierra Maestra.

Pero de esto hablaremos luego. Por lo pronto, quede así aclarado parte del fenómeno económico social, que trajo como consecuencia la penetración por el hombre de una de las pocas regiones de montes vírgenes que aún quedaban en Cuba hace un cuarto de siglo. Y quede también aclarado que esta labor inicial de devastación —para cultivo y para confec-

ción de carbón— comenzó a ser rematada hace poco,

cuando un grupo de empresas se dio a la explotación de la madera en los escasos montes que sobrevivieron en la Sierra Rosario a aquel primer destructivo empuje demográfico.

Guanahacabibes

Estamos ante una calle muy ancha y arenosa.

A lado y lado, tiene su serie de casas. No son muchas. La propia calle no ha de tener más de doscientos metros de largo. Y todo el pueblecito, casi todo el pueblecito, está integrado por ella y por dos o tres más que la cortan diagonalmente.

Muchas de las casas de esta calle son comercios.

Por cierto, que en uno de ellos nos hallamos. Y cosa curiosa: esta tienda es lo menos especializado que jamás hemos visto. En ella se vende de todo. Y tal variedad de mercancías en exhibición, le imprime un aspecto peculiarísimo a la estantería. En ésta se ven, junto a las cajas de camisas, las latas de puré de tomate. Al lado de la vidriera de dulces, la mesita llena de herramientas.

Junto a la entrada de la tienda hay amarrados varios caballos.

Estamos en El Cayuco.

El Cayuco es quizá el pueblecito más occidental de Cuba. Y su posición es tal, que constituye algo así como la puerta por la que hay que pasar para penetrar en la Península de Guanahacabibes.

Junto con él, La Fe, Las Martinas y Cortés, integran lo que por esa zona se llama los Remates de Guane, que es el término que usualmente empleamos los cubanos para expresar la parte más lejana y apartada del país.

¿Y qué tiene que ver este reportaje con El Cayuco?

Es posible que algún lector se haya hecho ya la pregunta. Por sí o por no, he aquí la respuesta: en El Cayuco estamos, porque nos disponemos a ir a la Península de Guanahacabibes, que es un lugar que sí tiene mucho que ver con este trabajo.

En Guanahacabibes se encuentra una de las pocas zonas de monte, donde aún no ha llegado la mano del hombre, pese a la explotación a que ha estado sometida desde hace años.

Porque es cierto que, desde tiempo inmemorial, de esa región se han estado extrayendo grandes cantidades de madera, algunas de las cuales dieron fama a Cuba en el mundo entero.

Los montes de la Península de Guanahacabibes fueron declarados como posible zona de reserva por la legislación forestal del año 1923, a la que luego haremos referencia.

¿Se llevó a vías de hecho tal propósito?

Ahora lo veremos.

Diálogo

—Por favor, ¿podría indicarme cómo podríamos adentrarnos en la Península?

—¿Por aquí? Según adonde vayan. ¿Es que van a retratar los cortes? Lo digo por la camarita. Si es a eso, lo mejor que hacen es ir al aserrío de Jenaro, que queda cerca.

—¿El aserrío de quién?

—De Jenaro.

—¿Pero por aquí hay cortes de madera?

—Uuuuh... una pila. ¿Usted no sabe que para allá dentro hay mucho monte?

—Hombre, sí. Pero tenía entendido que esos bosques iban a ser protegidos. En fin, ¿y queda mucho árbol maderable allá?

—Algo. Aunque se ha sacado bastante.

—¿Y cómo podría ir a un aserrío de esos?

—Fácil. Hable con el dueño de aquel cacharrito. Por unos pesos él lo lleva, lo espera y hasta lo trae.

—Gracias.

“Usted es inspector”

El auto se ha detenido en un pequeño claro del raquítico monte.

Es como un diminuto batey lo que tenemos ante la vista. Dispersas y separadas se ven algunas casitas. La más cercana de todas, es la mayor y la mejor construida.

En medio de la explanada hay un camión, del que un grupo de hombres sudorosos descarga enormes troncos de árboles.

Un poco más allá, se divisa una nave como de unos treinta metros de largo, a la que no se puede entrar si no es culebreando entre las altas pilas de madera semielaborada que la rodea. Pilas rectas y uniformes, cada una integrada por un macizo de tablas de la misma medida y aspecto exterior. Blancos, casi relucientes, algunos de estos montículos de madera aserrada ponen una nota de claridad en todo el lugar.

Mientras el oído se acostumbra, el ruido de un poderoso motor que palpita en el interior de la nave lo mantiene a uno como atontado. Además, de cuando en cuando, el sonido chirriante de la sierra, partiéndole las entrañas a un tronco de árbol, produce un desagradable escalofrío en todo el cuerpo.

Alguien nos atiende :

—¿Qué palo es aquél?

—Sabicú. El que está detrás, jocuma. Y el otro yarúa.

—A lo que se ve, de aquí se saca mucha madera. Miles de pies diariamente, ¿verdad?

—Uuummm... regular.

—¿Cuánto les permite extraer la guía ?

De nuevo el silencio. Y de pronto :

—Usted es inspector, ¿verdad ?

—No. Le diré...

—Hable con franqueza. No es el primero. Ya han venido aquí otras veces. ¡Ahora, le advierto que el momento es muy malo para tumbarme un quilo !

—No, señor, es que...

—Y le quiero decir una cosa: yo tengo en La Habana gente grande que me resuelve mis problemas. Sé bien a quién tengo que mojar, y a quién no. Se lo digo, porque en este negocio no hay quien esté dentro de la ley. Y yo no soy más santo que nadie. Así, mejor me dice concretamente qué quiere.

—Mire, usted me ha confundido. Yo estoy haciendo un reportaje para la revista *Carteles*.

—¡Oh, haber empezado por ahí. .Eh... eh... oiga, olvídense de todo lo que dije!.

Árboles que caen

Caminamos por una vía surcada por huellas de camiones.

A lado y lado tenemos una arboleda, a través de cuyas ramas y hojas vemos los puntitos azules del cielo. Los árboles son de tallo muy fino, y no vemos uno solo de valor. Sin embargo, levantando apenas dos pies del suelo, observamos infinidad de troncos aún firmemente enraizados.

Son como los muñones pútridos de árboles que hace ya tiempo fueron derribados.

Por aquí, pensamos, han pasado las hachas filosas de una empresa capaz de arrasar con todo palo susceptible de ser transformado en pesos y centavos.

Los pies se nos hunden en el suelo arenoso.

Un silencio, silencio húmedo y solitario del monte, nos rodea.

De pronto, escuchamos el golpe seco y rítmico de un hacha.

Apresuramos el paso.

Al fin, alcanzamos el punto de donde parten los golpes. Es en un pequeño y soleado claro, rodeado de altos árboles. Dos hombres trabajan junto a uno, muy corpulento.

Nos acercamos más.

¡Tac !... ¡Tac !... ¡Tac ! Cae una y otra vez el hacha. Saltan las astillas. Los cortadores, interrumpen unos segundos su labor. Nos miran. Y enseguida, sin decir palabra, vuelven a continuar imperturbables la sincrónica tarea.

Son dos hombres jóvenes. Trabajan sin camisa, y con los pantalones subidos hasta las rodillas. Pese a la barba crecida, se les notan —a los dos— las mejillas muy hundidas, lo que les da un aspecto familiar. Sin embargo, notamos que el sudor corre por un cuerpo que es todo músculos. Ambos, tienen las hachas sujetas firmemente en unas manos grandes, que le dan la vuelta a todo el mango de la filosa herramienta.

¡Tac!... ¡Tac!... ¡Tac!...

De súbito, se detienen. Uno se inclina, y observa atentamente la herida abierta al árbol.

—Deja ver cuánto tienes por ahí...

—Dale un poquito más, tú.

Entonces, uno sólo comienza a golpear de nuevo.

¡Tac... tac... tac...!
 De pronto, se escucha un crujido.
 —¡Ya está fallando!
 —Un par de viajes más... así... ¡quita!
 Y el árbol se dobla, casi desde la misma raíz. Parece que la copa se inclina para reverenciar el sol brillante del mediodía. Inicia un movimiento lento. Pero súbitamente, con un chasquido prolongado, se lanza veloz hacia la tierra, estremeciendo en su impacto brutal los arbustos, las hojas que le rodean.
 Luego, de nuevo la quietud y el silencio.
 Los dos hombres contemplan el cadáver vegetal.
 —Tendrá seis pies aprovechables.
 —Por lo menos. Quizás dé siete. Bueno... ¡lo que dé!
 —¡Vamos!
 Nos alejamos.
 De nuevo la arboleda, a través de cuyas ramas y hojas vemos puntitos azules del cielo.
 De nuevo la vía surcada por las huellas de camiones.
 Detrás de nosotros, va apagándose el seco tactac de las hachas de los dos cortadores.
 Y vamos pensando.
 ¡Ah, si fueran solamente esos dos hombres los que talaran árboles en la Península de Guanahacabibes, qué tranquilidad ! De seguro, que entonces la riqueza forestal de esa región estaba a salvo. Porque, ¿qué podrían hacer estos dos hombres solos contra el bosque inmenso y poderoso?
 Pero no. Lo inquietante es que en la Península de Guanahacabibes hay mucho más que dos hombres derribando árboles. Hay cientos y cientos. Tantos, que si todos ellos decidieran golpear con sus hachas al unísono, el ruido que producirían parecería un trueno capaz de estremecer toda la región.
 Y esto es terrible.
Porque, liquidada la riqueza forestal de esa zona, también lo estará toda la riqueza forestal de la provincia de Pinar del Río.
 Como hemos visto, la devastación en la Sierra Rosario ha sido casi absoluta.
 Lamentablemente, no tenemos espacio para exponer el hecho de que esta destrucción ha sido aún mayor en la Cordillera de los Órganos, la cual debe también ser desechada como posible reserva *presente o futura* de montes. Quede de todos modos establecido el hecho.
 Finalmente, sólo cabría pensar en los pinares de las Alturas Pizarrosas y las sabanas arenosas de la parte occidental de la provincia.
 Pero, ¿quedan realmente estos pinares?
 Veamos.

Los bosques cubanos de pinos

De nuevo estamos de regreso.
 Ya quedó atrás El Cayuco y vamos rumbo a Guane por una carretera que surca peculiarísimo paisaje.

También quedó atrás un hermoso encinar, típico de esta zona occidental de Pinar del Río y el automóvil que nos lleva atraviesa veloz la extensa sabana arenosa que tipifica esta porción de la provincia.

En esta sabana se desarrolla el más extenso pinar que hemos visto nunca. Se trata de uno de los famosos pinares de que tanto hemos oído hablar.

Como se sabe, en Cuba hay tres grandes zonas de bosque de pinos. Es decir, *quedan* tres zonas de bosques de pinos, puesto que hace muchos años los rodales de este utilísimo árbol cubrían enormes áreas de nuestra Isla.

Actualmente se localizan sólo en estas planicies arenosas de las cercanías de Guanahacabibes, en las laderas de las Alturas Pizarrosas del Norte y el Sur, en una franja septentrional de Isla de Pinos, y en algunas partes de las regiones montañosas de la provincia de Oriente.

El pino ha sido una de las grandes víctimas de la explotación forestal en Cuba.

Millones de ellos han sido talados durante los últimos años y sin que uno solo fuera replantado en compensación. La tala, además, se ha ensañado con este árbol, sin consideraciones de tamaño. Desde luego, la legislación forestal vigente determina que el pino no sea cortado sino una vez que tenga cierto diámetro. Sin embargo, como veremos en el curso de estos reportajes, si una legislación ha sido incumplida en Cuba, ésa ha sido la legislación forestal. No obstante su extrema importancia.

Todos los pinos que vamos viendo en esta sabana son pinos jóvenes.

En realidad, la totalidad de estos árboles que hemos visto en Pinar del Río —incluyendo los de las alturas Pizarrosas del Norte y el Sur— son cronológicamente nuevos, como lo demuestra el tronco relativamente fino.

16 de mayo de 1954, pp. 58-61, 102-101

La Aniquilación forestal de Oriente:

¡ARRUINADOS 250 KILOMETROS DE BOSQUE EN LA SIERRA MAESTRA!

En los reportajes anteriores se señalaron como causas de la aniquilación de los montes cubanos la presión demográfica —ejercida anormalmente sobre las montañas debido al control latifundiar de las llanuras y la expansión azucarera. Pero en este trabajo se insiste en otro factor cuya acción ha sido determinante en el proceso de deforestación sufrido por nuestro país: los destructivos aprovechamientos realizados por compañías madereras. Estas compañías han desarrollado y desarrollan sus actividades al margen de la ley y con la criminal complicidad de elementos venales de la administración pública. Aquí se denuncian con sus nombres las empresas madereras que han llevado a cabo la devastación forestal de la Sierra Maestra. Al propio tiempo, se emplaza al Ministro de Agricultura, para que exponga públicamente la posición de un departamento que, como el que está a su cargo, tan grande responsabilidad tiene en esta trascendental cuestión.

Tampoco la Sierra Maestra ha podido salir indemne de esa fiebre devastadora de montes que en tan corto tiempo ha aniquilado todas las reservas forestales de Cuba.

De Maisí a Cabo Cruz, la destrucción ha sido tal que hoy la mayor parte de la Cordillera luce “afeitada”, desprovista a veces de las más elementales formas de vegetación. En muchos lugares, sus antes verdes y boscosas montañas han quedado en el desnudo macizo rocoso original.

Así esquilados sus montes y desaparecidos sus suelos por efectos de la erosión, es muy probable que pronto la Sierra Maestra tenga que ser desechada como posible fuente de producción forestal, como posible zona de producción agrícola y aun como posible receptora de parte de la población en constante aumento de nuestro país. Hay que decir, además, que tamaño crimen contra uno de nuestros recursos naturales más importantes, es responsabilidad tanto del grupo de compañías madereras —algunas de las cuales denunciaremos en este trabajo—, que desde hace años se han dado al arrasamiento sistemático de los citados montes, como de los elementos del gobierno —de éste y de los anteriores— que han lucrado a la sombra de tan salvaje devastación.

Porque, sépase, la tumba ilegal de los bosques cubanos ha producido aquí más ganancias a ciertos funcionarios venales, que muchas de las más escandalosas y conocidas operaciones realizadas al amparo del poder.

Téngase en cuenta que, al precio actual de la madera, hay árboles que producen más dinero que astillas el hacha que lo derriba.

El millar de pies de cualquier clase de palo está hoy sobre los cien o los doscientos pesos y un puñado de caballerías de monte producen millones y millones de pies de madera.



A más de 3 000 pies de altura —en la región del frío, la soledad y el silencio— ya ha llegado la acción destructiva del hombre.

¿A dónde han ido y van a parar las ganancias ? Esto es fácil de contestar.

Estas ganancias han venido a engrosar los bolsillos de las empresas madereras que explotan esos montes, a los bolsillos de los propietarios de las tierras devastadas —cuando los hay, puesto que muchas veces la tala se realiza en tierras del Estado— y a los bolsillos de algunos altos funcionarios gubernamentales de los distintos gobiernos.

Desde luego, no es honesto pasar por alto que el día que se haga una investigación exhaustiva para depurar responsabilidades en esta importante cuestión, se hará también necesaria la comparecencia de cier-

tas autoridades, que deberán explicar cómo han sido posibles muchas escandalosas violaciones de las leyes protectoras de nuestros montes, en las barbas mismas del Cuerpo encargado de velar por su cumplimiento.

Pero sobre todo esto abundaremos en éste y el próximo trabajo. Ahora, contestemos estas preguntas :

¿Cómo se ha desarrollado el proceso que ha culminado en la devastación, de la base a la cima, de los 250 kilómetros de montañas que comprende la Sierra Maestra?

¿Quién o quiénes han sido los responsables de tal brutal aniquilación?

¿Qué fantásticas ganancias han sido capaces de impulsar esa implacable maquinaria de destrucción forestal que ha funcionado en la región más montuosa de Oriente?

Vayamos por partes.

La vieja goleta

Sobre las aguas quietas por la bonanza del amanecer, se mece suavemente *La Fe*.

La Fe es una vieja goleta de carga que hace dos o tres viajes a la semana, recorriendo a casi todo lo largo la costa sur de la provincia oriental, de Santiago de Cuba hacia Cabo Cruz, pero sin llegar a este último extremo.

A bordo de *La Fe* estamos nosotros.

Como no es un barco de pasajeros, no tiene absolutamente ninguna comodidad; pero, a falta de otro medio de transporte disponible, nos hemos decidido a hacer el viaje en ella.

Son las seis de la mañana y el patrón de la embarcación, un hombre de edad mediana y recio aspecto, se acerca a nosotros, que estamos sentados en una tabla de proa.

—¿Hasta dónde van ustedes?

—Hasta Chivirico, patrón. ¿A qué hora llegaremos?

—Son como seis o siete horas de viaje, así que...

—¡Uuu... hasta la una o las dos de la tarde no llegamos!

—Antes... quizá antes.

—Gracias.

Una hora después no sólo hemos partido, sino que ya hemos dejado atrás la larguísima bahía de Santiago de Cuba y vamos, bordeando toda la costa, rumbo al poniente. A nuestra izquierda, tenemos el azul subido del veril del mar. A nuestra derecha, a sólo unos metros, vemos el agua estrellarse suavemente contra la acantilada orilla.

Observamos que la franja litoral es casi nula en la mayor parte de la costa. Casi junto al mar surge un lomerío que flanquea majestuosa cordillera, a la que la lejanía tiñe con pálido color azul: es la Sierra Maestra.

—Hermosa vista, ¿verdad?

—¡Y bien !... ahora, que uno a fuerza de pasar por aquí un día y otro, ya ni se fija.

—¿Hace tiempo que navega por esta zona entonces?

—La mar de tiempo.

Estamos hablando con el marino que empuña el timón de la embarcación. Es un hombre de edad indefinible y con la curtida tez que caracteriza a los de su oficio. Delgado, sus brazos nervudos y sus movimientos ágiles, revelan sin embargo una gran vigor. Cuando habla, los ojos le brillan de manera muy peculiar, como si quisieran alumbrar sus palabras.

—Yo es primera vez que paso por aquí. Y me fijaba en una cosa: todas esas lomas y las montañas que se ven detrás me lucen, cómo decirle ?... “peladas”, eso es, “peladas” de árboles. ¿No le parece a usted igual ?

—Ja ! Claro, ¡cómo que los tumbaron hace tiempo!

—Entonces, ¿todo esto era montes antes, no es así?

—¡Todo! Los árboles llegaban a la misma costa. Y de esto no hace mucho tiempo, no crea.

Volvemos a observar con atención.

La franja litoral. Las primeras lomas. Las primeras montañas. Ciertamente, ya sabíamos que todo estaba cubierto —apenas hace un par de décadas— por el más impenetrable bosque. También sabíamos que la zona había sido intensamente explotada durante los últimos tiempos. Lo que no alcanzamos nunca a imaginar es que el aprovechamiento llegara de tal manera a la categoría de devastación.

En todo lo que abarca la vista, en efecto, el número de árboles visibles puede contarse con los dedos de una sola mano. La yerba, las plantas trepadoras y los pequeños arbustos, son las decadentes formas de vegetación que han sustituido el antiguo monte alto. Ciertas montañas ofrecen un aspecto aún más deprimente. En ellas, la capa vegetal ha sido arrastrada al mar y en su superficie la áspera roca mira impávida al cielo.

Lo doloroso es que este mismo paisaje denudado es el que observamos a todo lo largo de nuestro trayecto. Y es que la Sierra Maestra, en sus 250 kilómetros de extensión, ha sido arrasada de igual salvaje manera.

Uno, espectador de ello, no puede por menos que preguntarse :

¿Pero qué hombres, qué empresas han tenido tan enorme capacidad de destrucción que han podido transformar de forma tan tremendamente radical esta región?

¿Qué móviles lucrativos han sido tan cuantiosos como para estimular una aniquilación semejante?

¿Qué clase de corrupción administrativa ha sido la que ha posibilitado la existencia de funcionarios capaces de permitir, sin mover un dedo para impedirlo, tal brutal destrucción de los recursos naturales del país?

“Aserradero”

Ahora, la goleta viene a recalar a una pequeña ensenada. A este lugar le llaman Aserradero.

El nombre es bien expresivo. Y unos pilotes clavados en la orilla, con algunas tablas sobre ellos, restos arruinados de algún sólido muelle en otra época, indican que aquí hubo alguna vez un embarcadero que soportó intenso tráfico.

Nos informamos con uno que viene a recibir la goleta.

—¿Qué había antes aquí?

—Un muelle. Por aquí se embarcaba la madera del aserrío que estaba cerca.

—¿Y qué pasó que lo abandonaron?

—Pues que se acabó la madera de estas lomas. Las compañías siguieron luego tumbando hacia abajo* y ya no se embarca por aquí nada más que café, cacao y frutos menores.

—Pero y la madera, ¿por dónde la sacan ahora?

—Por Chivirico. Y cuando se terminen los palos en esa parte, dejan Chivirico y sacan por otro puerto.

—¿Dónde está el cuartel de la Guardia Rural?

—Aquí ya no hay cuartel. Lo trasladaron para Chivirico.

—Entonces, ¿el cuartel sigue a la compañía maderera, no?

—Parece que sí.

—¡Hombre, no sé cómo no me daba cuenta! La Guardia Rural es la encargada de velar por el cumplimiento de la legislación forestal. Por esto siempre procuran estar junto a los cortes, aserríos y puertos de embarque. Así pueden vigilar que aquella sea cumplida. ¿No cree usted?

—Puede ser...

“Chivirico”

Siete horas después de salir de Santiago de Cuba, estamos en Chivirico.

El lector ya habrá comprendido nuestro interés por llegar a ese lugar. Chivirico es el puerto de embarque de una de las zonas donde la explotación forestal es mayor en la actualidad. Visitándolo, podremos saber cómo es el funcionamiento de las empresas que han hecho de la tala de la Sierra Maestra uno de los más grandes negocios de la época republicana. Chivirico, exteriormente, no tiene muchas cosas interesantes.

Lo que vemos al entrar en él es una pequeña ensenada, bordeada de mangle. En ella hay dos o tres muelles. Un caminito bordea la costa. Frente a él se levantan unas lomas. A la derecha, vemos el Cuartel de la Guardia Rural. Y a la izquierda, un aserrío. Siguiendo el caminito, se ven los bohíos dispersos y pobres que forman todo el poblado.

Hoy, Chivirico es algo así como la capital de ese mundo aparte en Cuba que es la Hacienda Sevilla, en la Sierra Maestra.

Pero digamos, antes de continuar, algo de la Hacienda Sevilla.

Un mundo aparte

La Hacienda Sevilla comprende un gigantesco latifundio —legalmente de 8 897 caballerías de tierra, últimamente “estiradas” a unas diez mil, o más— que ocupa el enorme rectángulo que tiene por límites: al norte, la línea anticlinal de la Sierra Maestra; al sur, el mar; al este, la Cuenca de Santiago de Cuba; y al oeste, la zona inmediata al Cabo Cruz, en el extremo de la provincia.

Una empresa extranjera se dice propietaria de la finca.

Sin embargo, parece que el origen de esta propiedad está un tanto oscuro, y es aún objeto de litigio.

Sobre la base del pago de determinados derechos, la propia empresa empezó a permitir hace unos diez años a un grupo de empresas madereras la explotación de sus montes. Hasta entonces, la mayor parte de la Hacienda —integrada en un 90% de su área por montañas— estaba cubierta por bosques en los que abundaban árboles de las más variadas especies. En sus partes más altas, poseía también valiosos rodales de pinos. Desde luego, al cabo de diez años de intensa deforestación, de esos montes es bien poco lo que queda.

Además, a medida que las compañías madereras los fueron talando, fueron arribando a la región cientos de campesinos carentes de tierra, que fueron asentándose en ella y completando a fuerza de candela la acción destructora de las primeras.

Sobre el problema de estos precaristas —que hoy suman miles— hablaremos en otra ocasión.

En este momento, limitémonos a señalar que todas estas circunstancias aunadas contribuyeron a convertir durante la última década, la antes aislada y despoblada Hacienda Sevilla, en escenario de vibrantes acciones. Sus altísimas montañas han visto el desarrollo de algunas de las más grandes batallas dadas en Cuba por el hombre apegado a su pequeña posesión de tierra. Y esas mismas altas montañas han escuchado los rumores de más de una no muy clara negociación, basada en la burla descarada de las normas de la legislación forestal vigente.

Hacia “Minas”

Las dos de la tarde. Chivirico.

Una bodeguita al final del grupo disperso de bohíos. Detrás, el murmullo del mar.

—¿Y cómo podríamos llegar a donde se hallan los cortes de madera?

—¿A los cortes? Según al que quieran ir. Si es a los de Minas, que es donde está el aserrío de Fresneda, lo mejor que hacen es esperar un camión que creo sale a las tres de la mañana. Con buen tiempo, llegarán a las siete o las ocho allá arriba. Luego, pueden coger otro camión que vaya a los cortes.
—¡Magnífico! Saldremos a las tres de la mañana.

Caminos en la Sierra Maestra

Describir el trayecto de Chivirico a Minas recabaría para sí todo el reportaje.

Como decíamos, hace solamente unos años esta región estaba cubierta de bosques. De bosques que no sólo ocultaban las altas montañas, sino que bajaban hasta la misma costa. Caminando por Chivirico, hemos visto restos de lo que fueron cedros, cuyas ramas debieron dar sombra a las mismas aguas de la orilla del mar.

Ahora bien, la tala de las compañías madereras comenzó por la misma costa. Y entonces, luego de arrasado el litoral, comenzaron a explotar las lomas que flanquean la Cordillera, y después las montañas de la misma.

Lo más dificultoso resultó en principio la extracción y transporte de los árboles debido a la accidentada naturaleza de la región. Sin embargo, el negocio de la madera es un negocio de millones de pesos. Y millones de pesos son capaces de resolver cualquier problema, aun, el del tránsito de vehículos por la inaccesible Sierra Maestra. Los caminos más difíciles de Cuba fueron así construidos. Estos caminos iban avanzando a medida que la destrucción de los montes. Los *bulldozers* seguían el rumbo trazado por las hachas de los cortadores de árboles. Dondequiera que se divisaba un rodal valioso, allá iba la vía, trepando las laderas de la montaña, enroscándose en ellas cual hábil reptil, domeñándola a fuerza de curvas, de adelantos, de retrocesos, de ascensos y descensos peligrosísimos.

Ni que decir que la seguridad en estos caminos es un puro ideal.

Los obreros forestales que los transitan a bordo de potentes camiones, lo hacen en el curso de inenarrables horas de tensión nerviosa. Cuando llueve, el peligro se acentúa de tal manera que la mayoría se niega a hacer el viaje hasta que el camino se ha secado. Unos centímetros de patinazo por la estrecha y arcillosa vía, ¡y el vehículo viene a parar cientos de pies más abajo, al fondo de cualquier mareante barranco!

Accidentes de este tipo no son infrecuentes allá. Claro, no salen publicados en los periódicos.

Ya decíamos que aquello es un mundo aparte.

Las nubes que vienen

Ocho horas han pasado desde que salimos de Chivirico. Y en ocho horas, ¡cuántas cosas que con-

tar al lector! Pero la limitación de espacio nos obliga a ser breves. Así tendremos que pasar por alto muchos detalles interesantes.

Pasaremos por alto la descripción del estado en que las empresas madereras han dejado los montes vírgenes de la región, arrasando con todo árbol de posible valor comercial. Los pinares esquilmados. Los caobales yugulados. Los montes de maderas preciosas arruinados definitivamente. En fin, pasaremos por alto la devastación de bosques, hace menos de una década totalmente impenetrables, y hoy convertidos en la sombra esquelética y empobrecida de una vegetación inferior, deforme y raquítica.

Pasaremos por alto la descripción del aserrío de Minas, con su nave llena de motores y aparatos de elaborar maderas, de péndulos, de sierras, de bandas rajadoras, con sus enormes pilas de madera circundándolo por doquier, y sirviendo de marco al ajetreado movimiento de camiones y más camiones cargados de bolos y tablas.

Pasaremos por alto eso y mucho más, para trasladar al lector a un lugar situado a miles de pies sobre el nivel del mar. A la cumbre de una montaña. Al final de uno de esos caminos casi de fantasía de que ya hemos hablado, y donde la soledad, el frío y la niebla se posesionan del cuerpo y el ánimo de uno, envolviéndole en enrarecida y milenaria atmósfera.

Junto a nosotros, cuatro obreros forestales, un camión y un *winche*.

Y lejos de nosotros, ¡qué espectáculo indescriptible! Estamos rodeados y, a la vez, encima de montañas. A nuestros pies, un accidentado valle, cubierto de pinos y oscura vegetación, y con decenas de picachos apuntando al cielo como si fueran lanzas. A nuestro frente, una altura enorme, con su pico terminal horadando blanquísima masa de nubes que nunca las olvidaremos.

Minutos después de estar contemplándolas, las vemos desprenderse de su montaña. Moverse. Volar sobre los picos montuosos, extendiéndose como purísimo manto sobre los pinares. Las vemos acercarse a nosotros. Y desplazarse tan lenta y visiblemente que permiten calcular la distancia que nos separa. Cincuenta metros. Cuarenta. Veinte. Diez metros. Al cabo, todo lo que está a nuestro alrededor se ha opacado.

Ya no vemos la montaña de donde partió. Ni los picos que como lanzas estaban a nuestros pies. Del camión que tenemos junto a nosotros, sólo distinguimos la confusa silueta. Y de los obreros forestales, la sombra fantasmal que se mueve.

Hasta sus voces, nos parecen ahora que tienen un tono de lejanía que cuadra al neblinoso ambiente.

—¡Oye!, agarra la punta del cable y empieza a bajar.

—¡Ya voy!, ve soltando mientras yo hale. Cuando dé un tirón, ¡guanta!...

—¿Está lejos ese bolo?

—No... como a trescientos pies para abajo.

—Bien... ¡dale!

Y tres obreros, hacha al hombro, ligados a nosotros solamente por ese pedazo de cable que lentamente se va desenrollando de su carrete, se pierden en la vaporosa atmósfera.

El hombre ya ha llegado a lo más inaccesible de Cuba. Ha llegado a la cumbre de las montañas que le disputan el espacio a las nubes. A la región del silencio, el frío y la soledad, de la vegetación virgen, helechal y remota. A las cumbres de la Sierra Maestra.

Y ha llegado para destruir.

Con nombres

Fue en 1944 cuando se inició la explotación en gran escala de la Sierra Maestra.

La primera empresa en acometer la tarea fue la “Compañía Maderera Babún, S.A.”, a la que luego siguieron la de “Las Bahamas” (Fresneda y Cía.), y la de los “Hermanos Abascal”. Todas radican en Santiago de Cuba.

La última compañía citada, se dice ha sido ya desplazada del negocio por sus compañeras. Hay que aclarar que el aprovechamiento de los bosques de la Sierra Maestra no sólo ha encontrado obstáculos naturales. En realidad, las empresas citadas también se han puesto obstáculos unas a otras, en su afán por sacar el mayor provecho de la región. Así, se ha desarrollado una suerte de rapiña forestal, que ha provocado más de un pleito, más de un escándalo, más de una turbia maniobra de las compañías entre sí, o entre las compañías y la entidad que se dice propietaria de la Hacienda Sevilla.

El sistema de explotación seguido por las tres empresas mencionadas, continúa el mismo patrón de insaciable afán de lucro, de burla de la legislación forestal, de complicidad para sus depredaciones con funcionarios oficiales, que ha normado y norma las actividades de la mayoría de las compañías de explotación forestal establecidas en Cuba.

Para éstas, el pago del pie de monte al propietario —real o supuesto— de una finca, las dota del privilegio incondicional de arrasar con sus árboles en la forma y manera que mejor convenga a su negocio, y sin que tengan para nada en cuenta los intereses nacionales, intereses muy de respetar en esto de la conservación de suelos y bosques, que son parte sustancialísima de los recursos naturales del país.

Así, sería inútil que nosotros citáramos aquí los preceptos legales establecidos desde hace años para proteger los montes cubanos, y que han sido y son continuamente violados por estas compañías. Y sería inútil la cita, porque resulta que la violación abarca a todos y cada uno de estos preceptos.

La cosa parece monstruosa, pero a esas gentes les parece lo más natural del mundo, puesto que esas normas legales se fijaron para evitar la destrucción de los bosques, y según su criterio *el negocio de ellas es, precisamente, destruirlos*.

De todos modos, he aquí algunos ejemplos de lo que dice la ley y de lo que está ocurriendo en la Sierra Maestra.

La legislación forestal dice que en las fincas de más de cinco caballerías, hay que dejar el 15% del área cubierta de monte.

Pues bien, a la Hacienda Sevilla —en una época cubierta por bosque en más de un 90% de su extensión— hoy no le queda ni el 5% de sus montes en pie. Este 5% restante, es el que están arrasando ahora.

La legislación forestal dice que no se pueden tumbar árboles a 50 metros a lado y lado de los ríos y arroyos y a 100 por encima de sus nacimientos.

Sin embargo, en la Hacienda Sevilla hay ríos que tienen menos árboles que la calle Enramada en Santiago de Cuba, que no tiene uno solo.

La legislación forestal dice que los árboles tienen que ser talados una vez que alcanzan determinada medida, de acuerdo con su clase y su aplicación.

Pero en la Hacienda Sevilla se le ha metido el hacha y el *winche* a todo árbol capaz de ser convertido en dinero, cualquiera que haya sido su edad, cualquiera que haya sido su clase, cualquiera que haya sido su destino.

La legislación dice que las talas no pueden ser rasas, sino por entresaca y que, además, la mitad superior de las montañas y lomas de más de 60 metros serán respetadas y en ellas no se podrá derribar un sólo árbol.

En la Hacienda Sevilla también se han reído de esas disposiciones.

Como dicen las gentes de la zona, “por donde pasan Fresneda o los moros —los Babún son de origen sirio— no queda en pie un solo árbol que valga dos centavos”.

Y no vamos a referirnos a la cuestión harto escandalosa de la repoblación de montes —allá no se ha sembrado un solo árbol en sustitución de los millones derribados—; ni de las prodigiosas extralimitaciones a la cantidad de madera que les permite sacar la guía; ni a la escandalosa burla e ignorancia de los impuestos forestales. Sería la de nunca acabar.

Y en realidad, ¿acaso es necesario decir algo más? ¿Acaso es necesario demostrar más fehacientemente que todo el proceso que ha culminado en la ruina forestal de la Sierra Maestra se ha desarrollado al margen de la ley? ¿Que se ha producido con la complicidad criminal de los funcionarios y miembros de las fuerzas que han debido ser, precisamente, los más celosos de-

fensores de su conservación?... ¿Que los millones de pesos así arrancados ahora a la Cordillera, los perderá luego centuplicados la nación, en árboles que no se reproducirán jamás y en suelos que desprovistos de su capa protectora han de ir a parar al mar?

Desde luego que no es necesario. El lector avisado, hará por sí mismo estas y otras interesantes consideraciones. A nosotros, ahora, sólo nos queda una aclaración más.

¿Y qué dice el Ministro de Agricultura?

El Ministerio de Agricultura tiene una extraordinaria responsabilidad en todo esto que hemos denunciado. A ese departamento corresponde lo relativo a los montes cubanos. Establecimiento de medidas para su conservación. Cuerpo de inspectores para la vigilancia de la legislación protectora de montes. Expedición de guías para aprovechamientos forestales. Y demás cosas por el estilo.

Ahora bien, hasta este momento, *jamás hemos escuchado al señor Ministro del ramo decir una sola palabra sobre el asunto*. A pesar de su extrema importancia. Recuérdese, que en nuestro primer reportaje señalamos el criterio técnico de que esta cuestión de la deforestación ha asumido ya caracteres tan graves, que hoy día es para Cuba un problema de supervivencia.

¿A qué este silencio del señor Ministro?

Estamos seguros que el señor Ministro de Agricultura no sabe nada, absolutamente nada, digamos, de lo que está ocurriendo en la Sierra Maestra.

Y estamos seguros que no lo sabe porque, casualmente, allá en Chivirico nos informaron que hace por lo menos dos años que el Ministerio de Agricultura no envía un solo inspector a investigar la situación en la Hacienda Sevilla.

Claro, esto debe ser un olvido involuntario con desconocimiento de la actual situación de este grave problema. El actual Ministro de Agricultura es un funcionario celosísimo en el cumplimiento de su deber. Esperemos, pues, que él diga la última palabra en este interesante, y, casi diríamos, trascendental asunto.

La próxima semana, volveremos a estar con el lector. Y con cosas aun más interesantes que las expuestas en este reportaje.

22 de mayo de 1954, pp. 58-61, 102-104

** En lenguaje campesino y marinero cubano, "hacia abajo" quiere decir hacia el oeste. "Hacia arriba" o "vuelta arriba", quiere significar hacia el este.*

La Aniquilación forestal de las Villas a Oriente:

EL DESTINO DE CUBA: ¿CONVERTIRSE EN UN DESIERTO?

El impresionante ejemplo del Valle del Agabama. La ruinoso devastación forestal de la Región de Trinidad Sancti-Spíritus. El cañaveral vs. El monte. ¡El más valioso bosque natural del mundo arrasado por el fuego! Lo del Río Cauto.

El 9 de diciembre de 1895 el ejército mambí que realizaba la Invasión de Oriente a Occidente bajo el mando de Antonio Maceo se encontraba en las inmediaciones del poblado de Fomento, en la provincia de Las Villas.

Caía ya la tarde, y la vanguardia de las fuerzas cubanas avanzaba por un camino real que procedía de Santa Clara, cuando una serie de violentas descargas de fusilería, que salían de un *bosque* cercano, la detuvo. En los primeros momentos, la confusión reinó.

Luego, hubo una pequeña retirada. Los españoles, tomando como punto de mira las nubes de polvo que levantaba la caballería libertadora y amparados en la espesura del monte, lanzaban contra ella todos sus recursos de fuego.

Maceo, que iba a la retaguardia, tan pronto escuchó los primeros disparos acudió presuroso al lugar del combate. Fue la suya una entrada tan impetuosa que la primera estacada defensiva del enemigo se vino al suelo íntegra. Luego, siguió avanzando con acometimiento tal, que a los pocos minutos no se escuchaba ya ni una sola descarga por parte de los españoles, los cuales habían emprendido veloz retirada.

Según narra en sus *Crónicas de la Guerra* Miró Argenter, “nuestra gente estaba tan enardecida, que de buena gana hubiera echado pie a tierra, para ir en seguimiento de los españoles”.

Sin embargo, para sorpresa general, Maceo dio entonces órdenes de retroceder.

Éstas, provocaron el callado descontento de algunos. —¿Por qué retroceder? —se decían—. ¿Acaso no es este el momento de convertir en victoria lo que casi pudo ser una derrota?

Y otros interrogaban :

—¿Qué puede impedir nuestro avance ahora?

Pero Maceo ratificó sus órdenes.

Horas más tarde, explicaba :

—Está al caer la noche, y hoy no podemos seguir avanzando. Todavía nos falta vadear el Agabama. Este río es de paso difícil y peligroso. No sólo porque el enemigo puede estar parapetado en los peñascos que lo rodean, sino porque es un río caudaloso y cruzarlo no va a ser empresa fácil.



En las laderas erosionadas de estas montañas desprovistas de árboles, subregión Trinidad-Sacti Spíritus, dentro de unos años no crecerá ni esta raquítica vegetación.

60 años después

Eso fue lo que dijo Maceo del Agabama en 1895.

Pero de aquella turbulenta tarde a hoy, han pasado casi sesenta años. ¿Y qué ha ocurrido durante ese período de tiempo, corto si se mira con justa perspectiva histórica? Concretamente, ¿cuál ha sido la suerte corrida por el Agabama? ¿Conserva aún su caudal y vigoroso curso? ¿Continúa poseyendo la impetuosa violencia que hizo detener durante horas la casi incontenible marcha de las fuerzas mambisas invasoras?

Veamos:

El tren en marcha

La línea férrea que une a Trinidad con Fomento.

Un tren, con su marcha lenta e inestable.

A nuestra izquierda, las montañas del grupo de

Trinidad.

A nuestra derecha, más lejos, el relieve azulado del lomerío de Sancti-Spíritus.

—Bueno, ¡ya quedó atrás Trinidad!

—Todavía no.

—¿Cómo?

—Claro que no. Mira aquellas ruinas. Mira aquella nave larga, de aspecto abandonado, con la vegetación trepándole por las mismas paredes. Mira aquella torre semiderruida que tiene delante. ¿Sabes qué es? La torre de Iznaga, acaudalado personaje de la época esplendorosa que vivió en Trinidad hace más de un siglo. Como ves, todavía estamos en la región.

—¡Ah!, ¿retrato la torre, o lo que queda de ella?

—Vale la pena.

Cruzando cañaverales, sembrados, bohíos, palmares, sigue el tren su marcha.

Pasan los minutos. Las horas.

De pronto, el paisaje se estrecha hasta convertirse en una cañada. Surge un puente. Y debajo del puente, circula un río. Pero, ¿es esto un río, o un simple riachuelo? En unos segundos, el tren ha pasado sobre él y lo hemos perdido de vista. Un rato después, vuelve a aparecer. Ahora, el tren sigue su mismo curso, y podemos apreciarlo mejor.

Vemos cómo viene serpenteando entre las colinas cercanas. Vemos cómo circula, casi perdido, por el fondo de una cañada inmensa, de laderas muy trabajadas, indicadoras del poderío que en otros momentos su corriente ha debido tener. Vemos sus márgenes arenosos, llenos de cascajos, de rocas emergentes. Vemos sus aguas verdosas correr lentamente, ensancharse aquí, enflaquecer allá hasta el extremo de ponerse en condiciones de ser cruzados de un salto.

—¡Ése es! Prepara la cámara.

—¿Ése es qué?

—El río, el Agabama. ¿En qué piensas?

—¡No! Ése no puede ser el Agabama.

—Como lo oyes. Éste es el mismísimo Agabama, tan grande, violento y caudaloso en otras épocas, que nada menos que Maceo se negó a cruzarlo si no era con extremadas precauciones. ¡Ése es el Agabama! Mejor dicho, lo que queda del Agabama. Río más pequeño, más manso, más humilde, no lo vas a hallar hoy en el mapa de toda nuestra Isla.

—Increíble. ¿Pero por qué ha decaído este río así? ¿Es que ya está viejo? Los ríos, como las personas, también tienen su ciclo vital. A este puede ocurrirle eso.

—No. No se trata de un proceso natural de decadencia. Observa toda esta región. Observa aquellas lomas. En ellas está la respuesta.

El valle del Agabama

El valle del río Agabama, cuyos límites laterales en la parte meridional lo constituyen las estribaciones

orientales y occidentales de las montañas de Trinidad y Sancti Spíritus, respectivamente, presenta los caracteres típicos de una región totalmente devastada desde el punto de vista forestal.

Hubo un tiempo, en que la misma estuvo totalmente cubierta de bosques.

Pero de esta vegetación original, hoy no queda nada. Desde nuestro observatorio, en el tren, alcanzamos a divisar una amplísima porción del valle. Sin embargo, por más que hacemos, no logramos localizar, ni en las partes llanas —limpias de árboles— ni en las partes montañosas —cuyos montes fueron arrasados de la base a la cima— el más ligero vestigio de aquellos bosques primitivos.

De nuestra libreta de notas extractamos las siguientes líneas, capaces de dar una idea aproximada de la tristeza y denudación que caracteriza el paisaje de esta región.

Dicen las notas:

“Hemos pasado por un punto que llaman Sopimpa, donde el tren se ha detenido durante algunos minutos.”

“Luego, ha emprendido la marcha de nuevo.”

“Ahora, volvemos a observar a nuestro antojo el panorama de este valle inmenso. ¡Y qué panorama más triste! En realidad, este valle no entretiene la vista, sino que la impresiona de una manera grave y desoladora.”

He aquí todo lo que vemos, lanzando nuestra mirada en imaginaria recta:

“Primero, una porción de tierra desnuda. Luego, un bohío. Luego, una franja vacía, estriada por el arado. Luego, un algarrobo con aspecto de ángel guardián de aquella soledad. Luego, de nuevo el vacío. Luego, unas palmas. Luego, las lomas, limpias, totalmente desprovistas de árboles y aun de vegetación arbusiva. Luego, el cielo, ¡más bello, más pintoresco, más matizado que la misma tierra!”

“Ahora, cruza frente al tren un guajiro que camina con paso lento por un sendero que conduce al primer bohío”.

“¡Bravo por este hombre!”

“Es la única nota de vida que vemos en este paisaje denudado, monótono, melancólicamente triste del valle del Agabama”.

Destino de un valle fértil

El valle del Agabama fue intensa e incontrolablemente deforestado hace ya años.

Esta deforestación se refleja, exteriormente en el paisaje. Arrasados los árboles, aquél ha adquirido el tono uniforme y monótono a que hacíamos referencia. Sin embargo, lo más importante no es esto. Lo importante es que la deforestación no sólo ha modificado las formas exteriores del Valle sino que también la estructura interna del mismo. En pocas palabras: los suelos allí no son ahora los mismos de

hace unos años. Los cursos subterráneos y superficiales de agua, tampoco.

En el antes fecundísimo valle del Agabama, la tumba indiscriminada de los montes ha dado lugar:

1) A que la acción erosiva del agua haya “lavado” las laderas de sus montañas y de sus partes bajas, arrastrando consigo casi toda la capa vegetal que la cubría. Hoy, los perfiles más fértiles de los suelos del valle han desaparecido y en muchas de sus partes lo que aflora a la superficie es la roca dura e improductiva.

2) A que estos mismos suelos, desprovistos de árboles, perdieron la mayor parte de su capacidad de retención del agua de las precipitaciones. Consecuentemente, la tierra ha perdido también parte de su feracidad y el potencial hidrográfico de la región se ha recogido a su mínima expresión. La decadencia impresionante del río Agabama es una prueba palpable de ello.

Observando atentamente el paisaje de este valle, pues, puede comprobarse que la desolación que hoy lo tipifica no es el simple reflejo de su carencia absoluta de montes, aunque sí es una consecuencia de ello.

Más bien, esta desolación es el reflejo evidente de un proceso de aridez progresiva que hoy está sufriendo la región toda, como consecuencia de la pérdida de sus suelos más fértiles por la acción destructora de la erosión.

Desde luego, al hablar de todo esto no estamos descubriendo el Mediterráneo, ni mucho menos.

Hace ya mucho tiempo que los habitantes del valle del Agabama están viendo con creciente temor este proceso de conversión de sus antes fértiles tierras en el más pálido e infecundo de los mantos rocosos. Se sabe que algunas familias campesinas ya han abandonado la región y que otras están pensando en la manera de desarraigar igualmente, para establecerse en suelos que recompensen mejor sus esfuerzos de labranza.

Afirmarse también, que durante los últimos años muchas fincas se han desvalorado allí extraordinariamente.

¿La razón?

“Es que esta zona se está poniendo muy mala”, nos responde un guajiro que va en el mismo tren que nosotros, “*hay muchos años que la desmontaron y el agua de lluvia ha lavado mucho las lomas y lo demás. Ya esto no da ná. Aquí, sólo hay tierra blanca, de esa que no sirve. Y piedra*”.

Triste destino el de este antes hermoso y rico valle. Primero, vinieron los hombres y arrasaron con todos los tupidos montes que lo cubrían.

Luego, la Naturaleza viene a completar la obra de destrucción, arrasando a su vez con lo más fértil de sus suelos.

Dentro de unos pocos años, desierta de hombres y

vegetación, quedará borrada del mapa como fuente de producción y convivencia humana. Para entonces, a cualquier nueva generación de cubanos que surja, le resultará imposible creer que en él hubo alguna vez bosques de copudos árboles, suelos feraces, arroyos cristalinos y un río de grande y violento caudal.

El valle del Agabama habrá vuelto así a su primera edad geológica, y la Naturaleza necesitará miles y miles de años para convertir de nuevo su dura superficie rocosa en suave y fecunda tierra fértil.

¡Y pensar que todo ello es la consecuencia de un absurdo y brutal proceso de devastación forestal!

¡Y pensar que todo ello pudo evitarse con sólo respetar un grupo reducidísimo de normas de conservación de los árboles y de los suelo!

¡Y pensar que el destino del valle del Agabama es el destino de toda nuestra Isla, si no se pone coto de inmediato a la destrucción de los escasos montes que le quedan y se emprende una intensiva y sistemática lucha contra las fueras aniquilantes de la Naturaleza!

Región de Trinidad-Sancti Spíritus

Porque, que toda nuestra Isla está sujeta a los peligros que hoy amenazan con la ruina al valle del Agabama, es fácil de comprobar con sólo observar el paisaje que hoy tipifica sus principales regiones naturales.

Paisajes tristísimos, de montañas desnudas totalmente de árboles, que pierden progresivamente lo mejor de sus suelos ; de valles denudados, cuyas tierras empobrecen por días; de llanuras extensísimas, con un aspecto cada vez más asimilado al de los desiertos; de pueblos enteros, que ven con asombro y temor cómo los ríos, los arroyos, los mantos acuíferos de la región, enflaquecen por momentos, poniendo una sedienta interrogación en su futuro.

En nuestro reportaje anterior nos referimos a la deforestación y sus efectos en la provincia de Pinar del Río. Aquí, acabamos de hablar de lo que está ocurriendo en el valle del Agabama.

Ahora bien, este último, pertenece a lo que los geógrafos llaman subregión de Trinidad- Sancti Spíritus.

Insistamos un poco sobre la misma.

Esta subregión comprende un macizo montañoso de más de 80 kilómetros de largo, que se extiende por el sur de la provincia de Las Villas.

Por el este, el macizo montañoso está limitado por el río Zaza. Hacia el oeste, por el río Arimao. Además, por casi el mismo centro, lo cruza el río Agabama de que tanto hemos hablado, dividiendo de este modo la subregión en dos porciones: una oriental, que se identifica con Sancti Spíritus; y otra occidental, que se identifica con Trinidad.

Los indígenas le llamaban a toda esta zona *Guamuhaya*. Trinidad y Sancti Spíritus fueron fundados unos años después del descubrimiento de nuestra Isla por Diego Velázquez. Sin embargo, pese a ello, las regiones montañosas que la circundan no comenzaron a utilizarse hasta el siglo pasado, cuando los colonos franceses que arribaron al lugar empezaron a fomentar el cultivo del café.

El proceso de deforestación allá, pues, dio inicio hace más de siglo y medio, aunque en forma tan limitada que los bosques de las partes montañosas permanecieron vírgenes hasta hace solamente unos años.

En 1895, las alturas de esta subregión de Trinidad-Sancti Spíritus estaban tan cubiertas de monte, que las fuerzas mambisas la consideraban “el más abrigado campo militar del Departamento Central”.

Y el propio Miró Argenter, a quien ya hemos citado, al hablar de una de las batallas celebradas en sus inmediaciones —por aquí se desarrollaron “Los Indios”, “Fomento”, “Manicaragua”, “Lomas de Quirro”, “Sigüanea”, “Mal Tiempo” y otros singulares combates de la campaña de la Invasión— dice, describiendo el derrotero de las tropas cubanas:

“El camino es por aquí cada vez más estrecho y tortuoso, el monte cada vez más tupido ; *bosque impenetrable por doquier*, lomas abruptas o farallones y precipicios a cada lado del sendero, *tal parece que nos hallamos en el corazón de la Sierra Maestra*.”

(“Acción del 12 de diciembre: de Manacal a Lomas de Quirro”, los subrayados son nuestros, OPS).

La devastación

Desde luego, este paisaje casi primitivo hallado por nuestro ejército libertador ha cambiado totalmente en el transcurso de las últimas décadas.

La subregión Trinidad Sancti Spíritus —tanto en sus partes bajas como en sus partes montañosas— ha sido quizás una de las que más duramente ha sufrido los estragos del delirio de devastación forestal que ha castigado a Cuba durante los últimos cincuenta años.

Aquellos “montes tupidos”, aquellos “bosques impenetrables” de que hablaba Miró Argenter son cosa de la historia.

Esto lo comprobamos perfectamente durante nuestro recorrido por toda la región, en busca de datos para esta serie de reportajes de *Carteles*.

En cierta ocasión, nos adentramos en las Alturas de Trinidad, saliendo de Cienfuegos, llegando a la Sigüanea e internándonos luego en el corazón de la región, en *jeep*, a lomos de mulo, a pie. En otra, lo hicimos comenzando el viaje por Trinidad, utilizando la carretera de Topes de Collantes y prosiguiendo luego por otros medios hacia el interior del lomerío.

Finalmente, cruzamos la región a más de tres mil pies de altura, en trayecto aéreo de Cienfuegos a Trinidad. ¿Resultado de nuestras observaciones?

Pues que de los montes primitivos que una vez cubrieron toda esta accidentada zona apenas si quedan vestigios. Casi todas sus montañas, de la base a la cima, lucen perfectamente *afeitadas*, sin árboles. Las márgenes de sus ríos igual. Los valles también.

Excepcionalmente, en algunos lugares, se notan aún algunos rodales tupidos. Pero éstos se identifican como de árboles de sombra para el café, o como remanentes inferiores de algún monte alto del que ya se extrajeron las especies maderables valiosas. De todos modos, estos últimos vestigios también están en proceso de extinción.

Se dice que en ciertos lugares altos, aún queda algún monte firme, fragmentos pequeños y alejados de los bosques primitivos.

Sin embargo, la vida de estos valiosos restos parece será bien efímera.

En estos momentos, hay en diversos puntos de las Alturas de Trinidad-Sancti Spíritus numerosos aserríos —algunos de gran capacidad— que están liquidando rápidamente con esos remanentes. Según un informe técnico, el ritmo de producción de las empresas que operan esos aserríos es tal —*están extrayendo grandes cantidades de yaba, cedro, yagua, majagua, mantequero, cuajaní, caobas y ayúas*— que dentro de pocos meses la aniquilación forestal de la región será un hecho consumado.

¿Y será necesario aclarar que estas empresas madereras incumplen la mayoría de las disposiciones de la legislación forestal vigente, que jamás han replantado un solo árbol talado, que arrasan con los maderables de cualquier diámetro, de la base a la cumbre de la montaña, que multiplican a su antojo en la extracción el número de pies de madera que legalmente la guía forestal les permite... cuando tienen la guía?

Desde luego que no es necesario hacer tal aclaración. Sobre todo a estas alturas, cuando ya es el momento de trasladar al lector a otra región de nuestra Isla, en la que el proceso de destrucción de bosques asumió caracteres más interesantes que los vistos hasta aquí. Refirámonos, entonces, a Camagüey y el Valle del Cauto.

Caña vs. árboles

—¡Qué cosa más bárbara, por aquí sólo se ve caña y más caña!

—Y potreros. Fíjate en esta planicie en la que entra ahora el tren. Qué inmensidad de terreno. Y cubierto sólo de yerba. Lo único que se ve en él es ganado, y aquel grupo disperso de algarrobos que, si no me equivoco, están secos.

—¿Y por esta parte de Camagüey por donde vamos,

también había bosques antes?

—¡Ya lo creo!

—Pues lo han dejado bien pelado.

—El siglo pasado ya Camagüey era el primer centro ganadero de nuestro país. Es de pensar que ya por entonces mucho monte había sido víctima del hacha, aunque había sabanas algo desprovistas. Sin embargo, el arrasamiento definitivo es mucho más reciente. Data de unos cuarenta años a la fecha. Es decir, del período de expansión azucarera que se inició a partir de la Primera Guerra Mundial. Al calor de aquella fiebre cañera desaparecieron lo mejor de los montes cubanos que habían podido sobrevivir a una presión demográfica de cuatro siglos.

—¿Y dices tú que antes todo eso era monte?

—¿No lo crees? Mira, vamos a preguntarle a aquel anciano que está allí sentado. Tiene aspecto de ser de por aquí y de seguro que va para su pueblo.

¿Hacha?, no, ¡candela!...

—No me diga nada; ya sé de qué viene a hablarme. Hace rato que los estoy escuchando.

—Mejor. ¿Usted es de por aquí?

—De Sibanicú.

—¿Y no está de acuerdo con lo que yo decía?

—¿De la tumba de montes? Cómo no. Aunque usted dijo poco. ¡Mi amigo, lo que yo he visto en esta región hace unos años da ganas de llorar!

—Cuéntenos.

—Cuando la época de las “vacas gordas” a todo el mundo le dio por sembrar caña. ¡Hay que ver la de dinero que se invirtió entonces en el fomento de las siembras! El que más o el que menos quería tener su pequeña colonia. Las compañías americanas, además, metieron millones y millones de pesos en el azúcar. Claro, en menos de lo que canta un gallo se acabaron las tierras limpias, y entonces empezó la tumba de los montes.

—A filo de hacha acabaron con ellos, ¿no?

—¿A filo de hacha? ¡Qué va, señor! A fuerza de candela. Esas gentes no querían perder tiempo.

—¡Pero así se perdían hasta las maderas!

—¡Y qué les importaba a ellos! Sólo querían caña. Mire, frente a la finquita del padre mío, había un monte tupido, monte firme, que ni se sabe la cantidad de cedros, caobas y toda clase de palos que tenía. Me acuerdo que una mañana me levantaba yo tempranito a trabajar, y cuando salgo para fuera, ¿a qué no sabe lo que me encuentro? ¡Que el monte había desaparecido! La noche anterior le habían pegado fuego, y todavía por dondequiera se levantaban unas llamas que metían miedo. Ese día no se me olvidará a mí nunca. ¡Le digo que daba un dolor que no se puede explicar!

—¿Y luego?

—Luego que se acabó el fuego limpiaron, ¡y a sembrar caña se ha dicho!

—¡Qué salvajada!

—Y eso que le estoy hablando de un pedacito de Camagüey. Pero usted, que se ve es persona leída, sabrá que en toda Cuba sucedió igual.

—Sí señor. Eso le decía a mi compañero. La caña ha sido el enemigo número uno de los montes en Cuba.

—La caña y los gobiernos, porque ellos también tuvieron la culpa. ¿Usted cree que debieron permitir que acabaran de esa manera con los montes?

—Verdad.

—Entonces, ¿tengo razón o no, en lo que digo?

—Ya lo creo que la tiene, señor mío. ¡Ya lo creo!

La sabana quieta

Prosigue el tren su marcha.

Ante nosotros desplégase una grisácea sabana. La vista se enciende mirando este paisaje seco, incoloro. Ya es mediodía, y el sol descende perpendicular sobre él. Nada altera la homogeneidad de esta enorme extensión de tierra. Ni la reseca yerba guinea que le viste. Ni las solitarias palmas y algarrobos que como de sorpresa surgen aquí y allá. Ni las inmóviles reses que, agotadas de buscar inútilmente un fragmento de sombra en la caldeada llanura, se han arrojado al suelo en busca de descanso.

Monotonía, impresionante monotonía y estaticidad la de este paisaje camagüeyano.

Qué quietud. Qué imperturbabilidad.

Pasa un hombre a caballo. Galopa velozmente. Sin embargo, parece que no se mueve. Porque es que ni siquiera el polvo del camino reacciona ante el galopar de los cascos, y se mantiene pegado al suelo, como aplastado por el sol que le abrasa.

De pronto, comienza a amarillear el paisaje. Se acabó el potrero. Comienzan las cañas. Cañas del Central Elia. Cañas del Central Jobabo.

Ahora, estamos penetrando en la subregión del Cauto.

Río Cauto

El valle que riegan las aguas del río Cauto y sus afluentes es el más extenso de Cuba. Este río nace en las estribaciones septentrionales de la Sierra Maestra y recorre buena parte de la porción este de Oriente, para ir a desembocar, luego de larguísimo viaje, en el Golfo de Guacanayabo.

Esta llanura tiene una alta significación histórica. Desde los primeros tiempos coloniales en que comenzó a ser poblada, sus habitantes dieron pruebas de un espíritu de lucha y rebeldía que hoy forma la esencia de sus mejores tradiciones.

Comprende centros de población y producción importantes como Bayamo, Manzanillo, Jiguaní, Niquero y otros.

La base económica de la región la constituyen las

industrias ganaderas y azucarera, y ahora también la arrocería y cafetalera.

Pero las actividades que mayor influencia ejercieron en la transformación de su paisaje primitivo fueron la ganadera y la azucarera, que determinaron la extinción de lo que por muchos se ha considerado el área de bosques más valiosos de Cuba.

Es fama que en la subregión del Cauto había un promedio de 650 árboles de casi metro y medio de diámetro, por caballería. Y árboles de calidad. Se dice, que ella constituía el más rico bosque natural de ébanos, caobas, cedros, yayas y guayacanes del mundo. ¿Qué se han hecho estos montes? Veamos.

“La cosa empezó en 1909”

Las tres de la tarde.

El sol sigue cayendo con tal fuerza que nos parece que el zinc del tejado de esta humilde casita donde nos encontramos, ha de empezar a fundirse de un momento a otro. De cuando en cuando, una brisilla fugaz levanta el polvo de la calle que tenemos delante de nosotros. Estamos en el pueblecito de río Cauto. Y este viejecito de pelo cano y enjuto cuerpo con quien hablamos se llama Bernardino Hernández.

A nosotros nos interesa lo que dice don Bernardino, porque él nació en esta zona y de niño —hace muchos, pero muchos años— correteó por las cercanías del bosque de cedros, ébanos, yayas y guayacanes que antes lo cubrían.

Dice don Bernardino:

—Usted me pregunta que cómo era esto hace años. Y yo le respondo, esto era... monte y más monte. Sí señor. Ahora usted nada más que ve cañaverales y bohíos. Antes aquí lo único que se veía eran árboles y más árboles. Ahora usted no escucha a veces nada más que el silbato del ingenio. Pues, antes, aquí lo único que se oía era la jerigonza de los caos y las cotorras y el trinar de los pájaros. ¡Cómo ha cambiado, pero cómo ha cambiado esto!

—¿Y desde cuándo, don Bernardino?

—Desde 1909, cuando vino el Central. Entonces compraron la caballería de tierra a cincuenta pesos. Y mire usted lo que son las cosas: hoy día uno solo de los millones de árboles que aquí quemó la empresa vale más de cincuenta pesos.

—¿Quemaron los montes?

—Sobre todo a partir de 1917. Yo vi sacar algunas caobas y cedros con bueyes. Pero eso era nada. ¡Lo mejor, lo más grande del monte lo convirtieron en cenizas! Y luego, como en otros lugares, ¡a sembrar caña!

—¿Y a usted que le pareció todo aquello?

—Un crimen. Luego que acabaron con el monte, ni pájaros han quedado por aquí. Además, fíjese que estas tierras no son tan fértiles como antes. ¿Y del río? ¿Qué me dice usted del río? ¡Hace siete años que no crece!

No es ni la sombra de lo que era. A mí me parece que esto se debe a que tumbaron el monte y ahora ya no llueve como antes, ¿no cree usted?

—Bueno, quizá no exactamente, aunque, desde luego, el empobrecimiento del Cauto se debe a la deforestación. Ya estos suelos no son capaces de absorber el agua de lluvia que los alimentaba como en los viejos tiempos.

—¿Y qué me dice de eso que le está pasando: que el mar se le mete dentro?

—¿Lo de la salinidad del río?

—Sí. Mire, allí en el pueblecito que usted pasó antes de llegar aquí a río Cauto, en el Guamo, ya la gente no puede ni hervir las viandas, porque se le salan con el agua.

—¿Eso también tiene que ver con la deforestación, don Bernardino? ¿Usted cree?

—Sí. Mire, hay muchos que piensan que las turbinas que están sacando agua para las arroceras que se fomentan en toda la región son las culpables de la salinidad del Cauto. Pero eso es sólo parte de la verdad, no toda la verdad.

—¿No?

—Claro. Al río Cauto le ha sucedido lo siguiente: después que arrasaron con los montes del valle, su caudal y fuerza disminuyeron mucho. Y tanto, que fíjese en esto: usualmente los ríos, al desembocar en el mar, “endulzan” el agua salada de la costa. Pues bien, con el Cauto ha sucedido lo contrario. Ya tiene tan poco ímpetu, que no es él quien se mete en el mar, sino que es el mar quien lo penetra y lo “sala” a él. ¿Se da cuenta?

—Claro que sí. Pero, ¿me podría contestar otra pregunta?

—No, don Bernardino.

—¿Cómo?

—Que no puedo contestarle preguntas, porque recuérdese que yo soy el entrevistador, y usted el entrevistado. Las preguntas me corresponden a mí. Y las respuestas a usted, que aun tiene muchas, pero muchas cosas interesantes que contarme. ¿No le parece?

—Hombre, ¡verdad que sí!...

Y don Bernardino siguió así hablándonos de lo que el llama “los buenos tiempos viejos”.

Pero, ¡oh frustración!, el lector no podrá seguir escuchando tan sabia palabra.

Para este reportaje, ya han terminado tiempo y espacio. Y aún debemos dejar para el próximo lo más importante de lo que hay que decir en el grave y terrífico problema de la deforestación de nuestra patria.

28 de mayo de 1954, pp. 58-61, 102-103

El Escándalo del Juego

LOS \$100 MILLONES DE LA CHARADA, LA BOLITA Y LA LOTERÍA

Los cubanos están gastando ahora alrededor de \$100 millones —según el estimado más conservador— en el juego de la charada, la bolita y los billetes de la Lotería. Y eso, aparte de lo que invierten en la ruleta, el bingo, la lotería casera, las rifas particulares y los planes publicitarios de regalos. Jamás en la historia de Cuba se había jugado tanto y tan impunemente como ahora. En la capital hay más de mil vidrieras de apuntaciones y se efectúan más de cien tiros diarios de bolitas. Son la base del más rentable de los negocios existentes hoy en el país. Una banca de apuntaciones devuelve al público solamente una pequeña parte de lo que éste le entrega al jugar, por vía de premios. La parte más importante se distribuye entre los “recogedores” (10%), y sobre todo entre los banqueros y los apañadores de un negocio que está proscrito por la ley, pero que funciona con más garantías que si estuviera respaldado por un precepto constitucional. En este artículo se analiza de manera panorámica este impresionante auge de una de nuestras más deleznablez lacras sociales.

El cubano está dedicando actualmente cerca de \$100 millones anuales a jugar billetes de Lotería y números de la Charada y la Bolita. Esto arroja un per cápita de unos dieciséis pesos al año, posiblemente el más alto del mundo.

Lo que el cubano invierte en esos juegos de azar, representa la quinta parte del valor de una producción azucarera de cinco millones de toneladas, a precios regulares; el doble del valor de la cosecha nacional de café; casi tanto como lo que se importa anualmente en productos alimenticios; más del doble del valor de la exportaciones de tabaco; algo más del valor de la producción doméstica de leche y sus derivados.

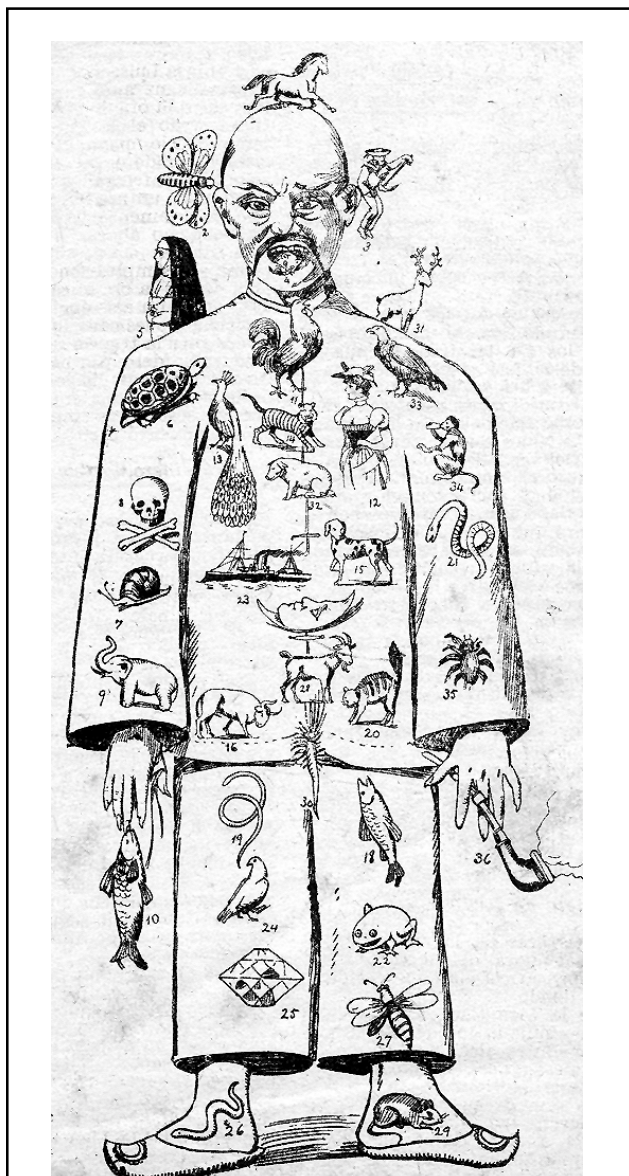
Pero la bolita, la charada y la lotería no son las únicas formas de juego vigentes en Cuba. El bingo, el traganíquel, la lotería casera, la canasta, la ruleta y la rifa comercial publicitaria, también se han posesionado del país.

Ahora se juega dondequiera, como quiera, y más que nunca en toda la historia de la nación.

Se apunta al verso, la centena y el terminal en la vidriera de la esquina. Se compran cartones de bingo en los cabarets. Se juega con interés a la canasta en las residencias particulares. Se pierden las monedas en los traganíqueles de los cafés y billares. Se esfuman miles de dólares en el tapete verde de la ruleta controlada por la mafia internacional del juego. Se rifan automóviles en las calles. Y lo mismo se sortea una casa en una pastilla de jabón que un automóvil del 58 en la etiqueta de un pote de dulce.

Se juega en todas partes. A toda hora del día y de la noche. Y con cualquier pretexto.

Jamás en la historia se vio un pueblo más pendiente del azar que el pueblo cubano ahora. Asimismo, jamás en la historia se vio un auspiciamiento estatal al juego como el que se ve en Cuba ahora.



Chino de la charada.

Hablemos, pues, de este extraordinario fenómeno social de nuestro tiempo. Descorramos la cortina vidriera que lo tiene a la vista de todos sin dejar penetrar en ella. Hablemos, hoy, de la Lotería, la Bolita y la Charada. Y dejemos, para otro día, el tratamiento de las demás formas del juego. Veamos, entonces.

El dúo más caro del mundo

El dúo de voces más caro del mundo es el de los muchachos de la Beneficencia que todos los sábados cantan la Lotería Nacional. Esa audición les cuesta a los cubanos alrededor de \$50 millones al año.

Por cierto que, como reembolso —por la vía de los premios— solamente se les devuelven unos \$20 millones. El resto —\$30 millones— queda en manos de los distribuidores y los beneficiarios de las donaciones estatales.

La Lotería es tan vieja como la historia. Sin embargo, demoró hasta el siglo XVIII en oficializarse en España, bajo la égida de Carlos III. En 1812, requerido de dineros para financiar expediciones defensivas a la Florida y Santo Domingo, el Intendente de Hacienda de Cuba la introdujo en nuestro país, “a manera de ensayo”. El “ensayo” fue tan exitoso que se mantuvo hasta 1898, cuando lo suprimió el Gobierno Interventor norteamericano.

Mas el paréntesis fue simplemente formal. Se siguió jugando. Y en 1909 José Miguel Gómez —“el tiburón se baña, pero salpica” — sancionó una Ley aprobada en el Congreso y que la restablecía con el nombre de Renta de la Lotería Nacional. El resto de la historia es más que conocido.

Con los años, la Renta de la Lotería se convirtió en un centro burocrático más, dispensador de puestos y mercedes y sujeto de las más escandalosas especulaciones. Luego, desempeñó un papel mucho más lesivo: ser el punto focal de irradiación del hábito del juego en Cuba, expansionado a velocísimo ritmo en forma legal o semiclandestina.

La hermana y la hija adoptiva de la lotería

Los dos productos complementarios y sucedáneos de la lotería son en Cuba la charada y la bolita. La primera tiene un origen diferente y propio. Pero la bolita es algo así como una hija adoptiva de la Lotería. Tanto la charada como la bolita están legalmente prohibidas.

Mas ese dato no viene al caso. Nuestro estimado —muy conservador— arroja una inversión del público de alrededor de \$33 millones anuales en ambos juegos. Esta cifra se refiere solamente a la llamada Gran Habana (capital y sus tres términos limítrofes). Y pudiera añadirse que en provincias

se gastan alrededor de \$10 u \$12 millones más, aunque esta última es una cantidad cuya certeza no podríamos demostrar como la primera.

En síntesis, el estimado más serio de lo que invierten los cubanos todos los años (o un año como 1957, para ser más exactos) en billetes de lotería, versos de la charada y centenas y terminales de la bolita, apunta una cifra fluctuante entre los \$90 y los \$100 millones. ¿Qué parte de esa inversión retorna al público en forma de premios?

Esa es una interrogante difícil de responder, especialmente en lo que se refiere a las jugadas en charadas y bolitas. Ahora bien si aplicamos a éstas parecidas proporciones a las que rigen para la Lotería, *y haciendo un cálculo optimista, nos encontraremos que en total el público gasta entre \$90 Y \$100 millones anuales en billetes, charadas y bolitas, para recibir solamente, a cambio, entre \$20 y \$25 millones.* Luego insistiremos sobre esto.

La Charada : “un preso que vive libre”

Los chinos introducidos en Cuba como colonos a mediados del siglo pasado se dice que fueron los que expandieron el juego del “paco pío” y el “cheffá”, luego llamado “charada”. Esta última es una palabra de origen francés y viene a ser como un tipo de adivinanza.

De donde resulta que la charada aplicada al juego es una adivinanza que teóricamente da la pista de un número guardado en un sobre y que se cuelga a la vista de los participantes. El simbolismo cabalístico de la charada comprende varios animales o “bichos”, a cada uno de los cuales corresponde un número. Por eso, cuando el sobre con el número premiado aún no ha sido abierto se dice que “el bicho está colgao”.

¿Como se juega a la charada en la capital? ¿Cuándo se tira? ¿Qué se gana?

Actualmente se está tirando la charada —en diversos lugares— dos veces al día: por la tarde y por la noche. Se juega por “cuartillos” (tres centavos o dos números por un medio) que ganan, cuando sale el número, \$1.50 aunque el público a veces sólo recibe como pago \$1.40.

La tirada se efectúa una o dos horas antes de la bolita, para dar chance a los jugadores a efectuar un “pase” a esta última. Digamos que el verso era “una niña que todo lo brinda”, y que hay un feliz mortal que engrampa el 16 con un cuartillo. Entonces, su premio (\$1.40) o parte de éste, previo acuerdo con el intermediario del banco de apuntación queda automáticamente invertido en un número de la bolita. El *pase* es el modo de vinculación entre la charada y la bolita.

Pero hay otros nexos, como enseguida vamos a ver.

El “parlé”: nueva ilusión

El juego de la bolita necesitaba un impulso renovador, y las bancas lograron algo en tal sentido, hace poco

tiempo, al introducir el “*parlé*”.

La nueva forma convirtió la bolita en un instrumento que probó su flexibilidad sobre la charada, enquistada en los tipos tradicionales. Claro que la charada mantiene su público, porque le da más oportunidades de ganar al jugador, aunque los premios sean inferiores. En la charada hay usualmente treinta y seis números, y luego de una tirada varios de ellos pueden quedar “*presos*”, de manera que se les elimina en el próximo sorteo y el número de probabilidades de acertar se incrementa.

En la bolita hay mil números. Pero se puede jugar a un “*fijo*” o a un “*corrido*”, a una “*centena*” o a un “*terminal*”, o a varios de ellos al mismo tiempo. El níquel fijo a la centena gana veinte pesos, si sale. Y el níquel corrido cinco pesos.

El níquel fijo al terminal gana \$3.25 y el corrido \$1.25.

Fijo es el número que sale en la primera bolita. Corrido cualquiera de los otros dos.

Como se observa, puede jugarse un níquel al fijo, al corrido, al terminal o a la centena. Los jugadores casi siempre hacen combinaciones. Pero hay apostadores fuertes que llevan una centena con doscientos y trescientos pesos. Por supuesto también hay “*bancas*” lo suficientemente fuertes como para asimilar esas jugadas. Si el número sale, ¡pagan! La bolita es uno de los negocios más serios de Cuba.

El *parlé* es una combinación de terminales. El público les apunta a dos de ellos. Y, si salen los dos, cualesquiera que sean sus posiciones (primero, segundo o tercer premio), gana a razón de cincuenta pesos por cada níquel invertido. Desde luego, aquí las probabilidades matemáticas de acertar son mucho menores que en ningún otro caso.

Estructura de un negocio

Como todos los negocios importantes, el del juego tiene su peculiar estructura interna y por cierto una terminología o argot también muy especializado.

Los “*puntos*”, es decir, el público jugador, son la base del sistema.

Esos *puntos* —¿eufemismo criollo por “*primo*”?— le juegan a un “*recogedor*”, que puede tener plaza fija (una quincalla de tabacos y cigarros: la clásica vidriera) o ser un intermediario a domicilio: el “*recogedor callejero*”.

Este último ha ido viniendo a menos, a medida que el negocio se ha ido desarrollando y estabilizando. Por otro lado, la vidriera es una inversión pequeña: una pequeña vitrina mesa, unos cuantos tabacos y cigarros para justificar ante el Municipio el comercio, entre 37 y 93 pesos anuales de impuesto, y un teléfono.

El teléfono —¡qué fácilmente lo consigue una vi-

driera de apuntaciones!— le ha dado el jaque mate al recogedor callejero, el cual por otro lado es la cenicienta del negocio. Todos los días hay varios de ellos en los juzgados correccionales acusados por la Policía de “ejercer el juego ilícito”(!).

Los recogedores pasan en definitiva las jugadas a la “*banca de apuntaciones*” a la que se encuentran vinculados. Pero a veces “*matan la jugada*”, o sea, no la pasan al banco y se responsabilizan con el número: si no sale, se quedan con el producto íntegro de la jugada; si sale, tienen que pagarlo.

La comisión que da la banca a los recogedores es de un 10%, aparte de cierto reembolso (“*la caída*”) por el total recogido y no premiado. Ese reembolso es el que compensa ciertos gastos como el teléfono, y las “*apuntaciones de botella*” y el tanto que hay que dar para que el negocio, proscrito por la Ley funcione con más libertad y garantías que si estuviera amparado por un precepto constitucional.

Las garantías al inversionista son una cuestión de Estado

Esta protección es explicable quizá, si se toma en consideración que durante los últimos tiempos se ha hablado mucho por el Gobierno acerca de las garantías que merecen los inversionistas. Porque, y esto hay que reconocerlo, el de la banca de apuntaciones es uno de los negocios más rentables y menos riesgosos existentes en Cuba.

El redactor no ha podido obtener datos exactos acerca de esos márgenes de rentabilidad. *El estimado más favorable al público, sin embargo, arroja que las bancas dedican un 25% a pagar premios, un 10% a pagar comisiones a los recogedores y que, aun luego de abonar los reembolsos antes mencionados se quedan con cerca de un 60% como ganancia bruta.*

Esto significa que las tres o cuatro decenas de grandes bancas de apuntaciones que operan en la capital de la República y sus términos aledaños, hayan ingresado en un año como el de 1957 alrededor de \$19 millones, si bien no muy limpios de polvo y paja. Recuérdese que no es gratuita la lenidad que caracteriza la represión de una actividad como la del juego, penada por la Ley, condenada por la moral y a todas luces contraria al interés nacional.

“¡Se va la bola! ¡Se va!”

Y explica también la limpieza de procedimientos con que se desenvuelven la charada y la bolita. Porque un negocio que deja un margen del 60% en el total de ventas, puede ciertamente permitirse el lujo de ser honrado hasta la exageración.

La tirada de la bolita no requiere locales espe-

cializados. Y hoy día ni siquiera ocultos. Se efectúa dondequiera, mañana y noche, igual en un paradero de ómnibus que en una casa particular, en un café que en una nave abandonada... En la Gran Habana se tira alrededor de cien veces diarias.

Un grupo más o menos numeroso de espectadores testifican la tirada.

Algunos banqueros utilizan un bombo, otros un saco, donde se meten los números, grabados en pequeñas esferas de madera. En uno de los tiros de mayor jerarquía formal de la capital, las mil bolitas se hallan ensartadas, en grupos ordenados de 100, en unas largas varillas de acero.

Así, los “puntos” pueden mirarlas, tocarlas, y verificar la honestidad del sorteo.

La jugada se anuncia para una hora fija y, cosa rara en Cuba, la puntualidad es excepcional.

Cuando llega el momento culminante, el tirador oficial recoge las bolitas y alerta al público:

—Esto empieza, señores. ¡Miren bien si el número de ustedes está en la bolita!

Espera unos segundos, y se dirige a algún espectador cercano:

—Usted ¿ya vio y revisó las bolitas?

Y, en cuanto éste asiente, las mete todas en un saquito y amarra fuertemente la boca del mismo con un cordel.

—¡La bola va, señores! ¡La bola va!

Durante unos segundos, el silencio del lugar es sólo roto por el entrecocar de las bolitas, que son revueltas con violentos movimientos del saco. Entonces, se le pide a alguien del público que seleccione una de ellas.

Esa selección es muy curiosa, porque no se permite a nadie meter la mano en el interior del saco. Se efectúa al tacto, separando una de las bolitas por fuera del envase, y sujetándola así hasta que el empleado de la banca le hace un pequeño atado con un cordel a la porción de tela que la envuelve.

Finalmente, esa tela se corta con una cuchilla, para dejar salir el número escogido el cual se muestra al público, insistiéndose en que lo compruebe. Corroborado éste, se apunta en la pizarra. Ha salido el fijo. Y el acto se repite otras dos veces, para extraer los corridos. Todo, no dura más de diez minutos.

Censo de banqueros

Cuando se habla de una banca de apuntaciones, la primera que se menciona es la de Castillo. Pero Castillo tan famoso hoy como en otra época “el chino Manteca” (que se marchó a su país con más de 200 mil pesos oro ganados en el negocio de la charada), no es el único empresario capitalino del juego, y posiblemente tampoco el más poderoso.

En La Habana, Marianao, Regla y Guanabacoa, se

afirma que hay entre treinta y cuarenta bancas de apuntaciones importantes.

En las vidrieras y en las conversaciones con *reco-gedores*, por ejemplo, acostumbran a verse y a escucharse los nombres de Castillo, Arturo López, Cooperativa, Tropicana, Jacobo, San Francisco, La China, Battisti... Además, se conocen dos frontones y varias bancas que se dicen especializadas en charadas, como la de Nardo, la de Juan, la Caribe...

Esas bancas controlan la red de vidrieras de apuntaciones de los términos citados. El auge del negocio se prueba precisamente con el incremento experimentado por el número de vidrieras establecidas en los últimos años. En el Ayuntamiento de La Habana, por ejemplo, había inscritos en junio de 1955 alrededor de 1,100 “puestos de quincalla, tabacos y cigarros”. Pero en 1956 había inscritos 1,126; en 1957 pasaban de 1,168; y para cuando cierre este año fiscal se esperan más de 1,175.

Metrópolis antillana del juego

Hay bancas de apuntaciones tan poderosas en La Habana, que “*aguantan*” que se les juegue un número entero de la lotería. Digamos que un punto está interesado en un guarismo de cinco cifras con el cual soñó, y que no encuentra el billete. Se dirige entonces a una de las bancas citadas, y lo apunta. Le sale a \$18 el equivalente al billete entero, es decir, a 18 centavos el pedacito, lo que significa una jugada más barata que la oficial. Y, si sale el número, como ya dijimos, ¡lo pagan!

La seriedad en el negocio es una de las bases del régimen de juego en Cuba. Y esa seriedad y esos recursos infinitos de que dispone, amén de las facilidades que brinda, es algo reconocido dentro y fuera del país.

De ahí que La Habana sea el centro del juego no solamente en Cuba, sino en toda el área del Caribe. Y que aquí haya bancas que reciben apuntaciones de Santo Domingo, Miami, Tampa, algunos puntos de Centroamérica y Venezuela.

Productividad y parasitismo

Y, ahora, a otra cosa.

Un obrero que trabaja en una fábrica, *produce un bien económico determinado*. Un médico que atiende a un paciente, o un comerciante que almacena mercancías para detallarlas luego conforme a las necesidades de sus clientes, *prestan un servicio*.

Esas son gentes cuyas actividades producen algo, crean algo. Y el valor de los aportes que individualmente realizan se suman para mensurar lo que se llama el Producto Social y el Ingreso Nacional de un país.

A mayor número de bienes y servicios producidos,

mayor cuantía de los Ingresos nacionales y más alto nivel de vida de la comunidad.

Cabe entonces preguntar: y las actividades de un billettero, de un bolitero, de un empresario de banca de apuntaciones, ¿qué representan para el ingreso nacional, para el standard de bienestar de un país?

Pues no representan nada porque no producen nada, no crean nada, y no aportan nada a la comunidad, como no sea un rato de ilusiones que pronto se deshacen. Son actividades perfectamente parasitarias, *que no generan ingresos por sí mismas y que lo que hacen es apropiarse de una parte de los ingresos creados por los factores verdaderamente productivos.*

En otras palabras: el juego lo que hace es arrancar una tajada a los ingresos devengados por personas ocupadas en actividades más o menos productivas. Por ello, no es computable como un aporte a los Ingresos de un país (o no debe serlo, aunque quién sabe lo que piensan sobre esto los técnicos del Banco Nacional de Cuba) como no lo es —ni debe serlo— la tajada que arrancan al Producto Social los proxenetes, los pordioseros, los criminales a sueldo.

El reparto de la tajada

¿Cómo se distribuye lo que el público gasta en el juego?

1) Una parte (25 %) se reparte entre los que apostaron y ganaron.

2) Otra parte (poco más del 10 %) entre los recogedores o apuntadores, que representan el papel de comisionistas, y que en muchos casos no son más que personas faltas de trabajo, semidesocupados.

3) Otra parte (cerca del 60%) se reparte entre la banca de apuntaciones y los factores que apañan los sorteos clandestinos.

Más claro: del monto total gastado por el público en el juego sólo una cuarta parte retorna a él, por la vía de los premios, y desde luego redistribuida (la mayoría apunta y pierde, la minoría gana).

Esto quiere decir que quienes juegan —obreros, empleados, profesionales, empresarios, rentistas— están cediendo voluntariamente una parte de sus ingresos en favor de los organizadores y mantenedores del sistema. Individualmente, puede haber ganadores que reciben más de lo que aportan. Pero, colectivamente considerado, el público siempre pierde. La banca, siempre gana.

Los números limitados

Los banqueros no solamente no pierden nunca, sino que se las han arreglado para introducir una serie tal de artificios en el régimen de juego, que los riesgos de que sus ganancias puedan sorpresivamente redu-

cirse o llevarlos a la quiebra son prácticamente nulos.

En el juego, el único que corre un albur, es el “punto” o jugador. Porque la banca tiene organizada sus cosas de tal matemática manera, que ella siempre va al seguro.

La “limitación” de los números es uno de esos recursos ideados por los banqueros para contraer a un mínimo la erogación representada por el pago de premios.

Así, esos números por los que el público tiene especial predilección y en los que pone su esperanza en días muy significativos, son limitados ocasional o permanentemente, de modo que si salen premiados se pagan con un descuento.

La serie de números limitados es larguísima, y entre ellos se cuentan el 100, el 508, el 8 (la Caridad y muerto), el 4 (Santa Bárbara), el 17 (San Lázaro) el 24 (Las Mercedes)... las horas más destacadas del almanaque desde el punto de vista religioso y las páginas más interesantes del “Libro de los Sueños”. Ciertos acontecimientos nacionales o internacionales pueden asimismo dar lugar a una limitación provisional. La muerte de una figura destacada y famosa puede provocar una cargazón extraordinaria del 64 (“muerto grande”). El año pasado, en los días del lanzamiento del sputnik ruso, el 15 y el 17 se limitaron. El 15 es perro. El 17 es la luna.

No, ciertamente, la banca nunca pierde.

¿Por qué juega el cubano?

La propensión del cubano hacia el juego de azar es digna de un estudio sociológico.

Ahora se está jugando en Cuba más que en ningún otro momento de su historia. Pero es también cierto que no se trata de un fenómeno nuevo.

En 1830, José Antonio Saco señalaba escandalizado en sus “Memorias sobre la Vagancia” que el juego se había extendido “desde la punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio”, y que no había “ciudad, pueblo ni rincón de la Isla de Cuba donde no se haya difundido este cáncer devorador”.

Y, describiendo la vida en La Habana de 1841, Francisco González del Valle afirmaba que “así como el teatro, el baile y la música en general eran las diversiones favoritas de los habaneros de aquel año, el juego era su vicio dominante”, añadiendo que éste era estimulado por las autoridades “que trataron de envilecer al pueblo de Cuba como la mejor manera de gobernarlo”.

El juego, sin embargo, tiene en Cuba raíces socioeconómicas muy profundas. En primer término, la inestabilidad económica del país. Un pueblo que ha vivido siempre dependiendo de los altibajos en el precio de un solo producto —el azúcar—, sin poder influir en ello y sin poderse explicar las causa de esas fluctuaciones, tiene que ser, necesariamente,

un pueblo permeado por el espíritu mágico de la creencia en el azar.

Por otro lado, la misma estructura monoprodutora de su economía determina un grado de estrechez y penuria en las grandes masas de la población lo suficientemente poderoso como para forzarlo a buscar alivio provisional en la esperanza de un sorteo. Verdad es que las personas de grandes recursos también juegan. Pero no es menos cierto que la gran base del juego en Cuba está en el conjunto de la población que lo sostiene con sus níqueles, realitos y pesetas.

Finalmente, no debe silenciarse el hecho de que sea el propio Estado —que sostiene la Lotería Nacional y apaña el juego ilícito— el permisivo e impulsor principal del vicio. ¿Por qué? Porque el juego es el gran aliado de los regímenes que quieren escapar a la crisis avanzante por medio de expedientes artificiales que tiendan a desviar la atención popular de sus grandes problemas Y de sus grandes soluciones.

Y el caso actual de Cuba, es un buen ejemplo de lo que decimos.

NOTA ACLARATORIA

El estimado que damos sobre los gastos del público cubano en lotería, charada y bolita, está sujeto a toda clase de reservas. Como se comprenderá, no hay estadísticas al respecto y hemos tenido que basarlos en cifras que sólo tienen un valor indiciario, aunque hemos pecado más bien de conservadores que de excesivos en su estimación. Los bases del cálculo, de todas maneras, son los siguientes: en el Ayuntamiento de La Habana hay inscritos cerca de 1,200 puestos

de quincallas con o sin tabacos y cigarros, la mayor parte de los cuales se dedica al negocio de la recogida de charadas y terminales. De acuerdo con un muestreo realizado por el redactor, el promedio municipal habanero de “recogida” es de unos \$50 diarios. Ello, con otros ajustes, arroja un total aproximado, para un año como el de 1957, de unos \$22 millones gastados por el público en apuntaciones. El per cápita consecuente, dada la población existente en La Habana el citado año, se aplicó a los términos de Marianao, Regla y Guanabacoa. Luego, *también con los sustanciales y estimados ajustes correspondientes*, se hizo un estimado del *per cápita* y del gasto anual para las áreas urbanas del interior de la República. La cifra revelada fue de unos \$43 millones de gasto total del público cubano en charada y bolita. La cifra no es muy sorpresiva, si se toma en consideración que las tiradas de aquéllas son casi diarias, y que la Lotería Nacional, que es semanal, efectúa una exacción al público de cerca de \$50 millones anuales. Compárese, además, con las cifras que brinda el Instituto Nacional de Reforma Económica, y que llegan a los \$250 millones anuales.

9 de marzo de 1958, pp. 37-45.

LA CIÉNAGA DE ZAPATA, REALIDAD Y LEYENDA (I)



Transporte por un canal cienaguero.

El pitazo del tren horada la sabana. Ruge la locomotora. Uniformes y rápidos, huyen hacia atrás los postes del telégrafo. Detrás, más suavemente, se deslizan las palmas canas. El tren va ganando en velocidad. Pero, a medida que lo hace, va cabeceando más y más, como si quisiera lanzar al suelo a este viejo conductor de uniforme negrizul y opacos botones dorados que ahora camina diligente por entre la doble fila de asientos.

—Próxima estación: ¡Aguada de Pasajeros!

—¡Aguada! ¡Aaaaguada!

Raúl nos lanza una mirada significativa. Instintivamente, aprieta en sus manos la correa de la cámara de *flash*, y acomoda, con un movimiento de hombros, la posición de la mochila. Nuestras manos auscultan el *jacket*. Sí, aquí está la libreta de notas. Y los lápices. Y la cuchillita. Nada esencial ha sido olvidado.

Volvemos a mirar por la ventanilla.

En este momento, el tren comienza a penetrar en el pueblo. Ya los bohíos han comenzado a convertirse en casitas, y éstas, cada vez aparecen más juntas. Desfilan en hilera junto a una fangosa calle. Y un perezoso carretón pone la primera nota de vida en el paisaje.

—Llegando, Raúl.

—Llegando.

—Dentro de unas horas...

—¡La Ciénaga!

Los trenes tienen una vieja costumbre. La de robarse las frases. Uno va sentado en ellos, pensando, y de pronto se cogen para sí un pedazo de nuestro pensamiento y se ponen a repetirlo machaconamente. Esto

ha pasado con las últimas palabras de Raúl. Ahora, parece que la locomotora va diciendo, ¡A la Ciénaga! ¡A la Ciénaga! ¡A la Ciénaga! Como si quisiera ella misma meternos a empujones en el lugar.

De pronto, comienzan a chirriar los frenos.

Y la máquina a resoplar cansada.

El viejo conductor pasa nuevamente junto a nosotros. Sus enormes y antiquísimos espejuelos de carey ruedan peligrosamente hasta la punta de la afilada nariz.

Pero él sigue caminando, imperturbable.

—¡Aguada aquí! ¡Pasajeros de Aguada! ¡Aaaaguadaaaa!

Hacia la Ciénaga de Zapata

Nosotros vamos hacia la Ciénaga de Zapata.

Formalmente, el objetivo del viaje es efectuar un reportaje. Pero sólo formalmente. En el fondo, eso del reportaje es un pretexto. Hace mucho tiempo que nosotros estábamos deseando ir a ella. Era algo así como una de esas viejas y pequeñas ambiciones que tiene uno en la vida. Que uno está deseando ver realizada y nunca cuaja. Hasta un día. Un día, de pronto, ¡zas!, la oportunidad preciada llega. Y se aprovecha.

Pensamos, inclusive, que habrá miles de lectores en el mismo caso.

Porque, dígame usted, ¿quién que aprendió en aquel libro escolar de lectura, en el que aparecía descrita de manera terrífica la Ciénaga de Zapata, toda cubierta de tembladeras, de mosquitos, y de ferocísimos cocodri-

los, no soñó una y otra vez en consumir la hazaña aventurera de visitarla, de cruzarla, de explorarle sus más recónditos secretos y de sortearle sus más estremecedores peligros?

La verdad es que, para nosotros, la Ciénaga nunca perdió aquella infantil y misteriosa atracción.

Y llegando a este pueblo de Aguada de Pasajeros, que es como su umbral, ella se fortalece. Y en nuestra mente surgen todas aquellas ensoñaciones de la niñez. Y hasta se vivifican otros recuerdos de los años de la adolescencia, situándonos en aquella vieja aula de bachillerato donde, alguna fría mañana de diciembre, un profesor de voz maquinal recorría el mapa con su puntero, mientras recitaba monótonamente:

“Y aquí debajo, tenemos la subregión de Zapata.

”Su área total es de unos 4 500 kilómetros cuadrados, y el 75% de su superficie está constituida por una extensa zona cenagosa. El 25% restante, ¡atiendan!, pertenece a la Península de Zapata, cuyo eje longitudinal está constituido por rocas calizas pleistocénicas del tipo conocido por diente de perro.

”La casi totalidad de esta subregión está comprendida dentro del término de Aguada de Pasajeros, pero la zona cenagosa se extiende desde San Nicolás, en la provincia de La Habana, hasta la zona costera occidental de Cienfuegos, en la de Las Villas.

”La península situada al sur mide unos 100 kilómetros de este a oeste.

”Y la profunda Bahía de Cochinos, que señala el límite oriental de la península, divide en dos secciones —occidental y oriental— el área cenagosa interior, por lo que siempre hablamos de la Ciénaga Occidental, y de la Ciénaga Oriental de Zapata.”

Mitos y realidades

Vamos hacia la Ciénaga de Zapata.

La misma, cuyos pantanos sirvieron de tumba hace 400 años, a los compañeros de conquista de aquel fantástico don Alonso de Ojeda, el Caballero de la Virgen de la leyenda indígena. A la Ciénaga de Zapata: la de la península inaccesible, cuyas costas atesoraron las incalculables riquezas del saqueo corsario y filibustero del siglo XVII.

La Ciénaga del sabaneo.

El matrimonio poliándrico, de las sociedades primitivas, en el que una docena de hombres, de hecho, de derecho y por necesidad, podía disfrutar de las caricias repartidas de la misma mujer.

La Ciénaga, cuyas aguas echan raíces en el estómago de quienes la toman, para luego no dejarlos salir de ella. Donde el ser humano tiene que asimilar su trabajo al de la más brutal de las bestias. Y donde los mosquitos son tan grandes, que cuando uno los mata los siente traquear, como si se les rompieran los huesos.

La Ciénaga de la vida primitiva y seminómada. En la



El “burreador” en la Ciénaga es un hombre al que la necesidad ha forzado a realizar la labor de una bestia.

que el hombre tiene un sino: perseguir el monte, tumbarle sus árboles, y extraer de ellos carbón y madera. Convirtiendo así, la capacidad para vivir, en un simple problema aritmético de suma de sacos y pies cuadrados.

La Ciénaga donde la vida miserable, inculta y aislada, se extingue como una brasa a la intemperie.

Un mundo aparte en ésta, nuestra Cuba.

Hacia el país del carbón

Vamos a llevar al lector, a dar un viaje imaginario, junto con nosotros, por la Ciénaga de Zapata.

La vamos a cruzar de norte a sur y de este a oeste.

Porque, hay que decirlo, la Ciénaga no es una región simple y uniforme en todas sus partes, y para conocerla hay que andarla y desandarla mucho. Alguna gente piensa en ella, y en sus mentes solamente se dibuja un inmenso pantano. Y esto es erróneo. La Ciénaga de Zapata es una de las regiones más variadas, y de estructura topográfica más compleja que hay en Cuba.

Viajar por toda ella es como viajar por muchos países.

Más todavía. La verdadera Ciénaga varía con el tiempo.

Usted puede, por ejemplo, recorrer en esta época de *seca* ciertas zonas de ella en las que el suelo está firmísimo bajo sus pies, con muy poca humedad y hasta cuarteado por el sol. No verá entonces más vegetación que unas cuantas palmas canas y la yerba llamada *macío* extendiéndose por kilómetros y kilómetros. Un panorama que seguramente le hará exclamar convencido: ¡caramba, pero si este es un campo de aterrizaje natural! Ahora bien, venga usted —si puede— a este mismo lugar, unos meses después. Pongamos, luego de mayo. En la época de las lluvias, o, como allá se llama, en la



Llenada.

En este caso, el paisaje será bien distinto.

Y donde antes había tierra, ahora sólo se hallará un inmenso mar de agua. Y en lugar del suelo firme, un enorme pantano que usted no podrá cruzar, sin llevar el agua a la cintura o al cuello. Y del macío, sólo verá las puntas amarillosas. Y de las palmas canas, el grisoso penacho. Entonces usted no dirá que eso es un campo de aterrizaje. Y sólo pensará en las tembladeras. Y en la manera de irse de allí, lo más rápidamente posible. Nuestro viaje, lector, será por tanto un viaje largo.

Y tendremos que usar muchos medios de transporte, algunos desconocidos para usted. Viajaremos en *bon-gos** —ya le diremos lo que es eso— por larguísimos canales. Andaremos kilómetros y kilómetros, saltando de polín en polín, por una inacabable línea ferroviaria, siempre cuidando de no caernos, para no sumergirnos en un fangal. Caminaremos mucho, pero mucho, por terrenos donde es más fácil encontrar un contén de oro que una piedra. Y por seborucales inmensos en los que habría que rebuscar una semana, para poder llenar un cubo de tierra. Iremos, en fin, a la *costa*. Subiremos a la *montaña*. Y bajaremos al *cayo*. Penetraremos en el corazón de la Ciénaga.

Es, ya lo dijimos, un viaje a muchos países.

Y ahora vamos a entrar en el primero de ellos: en el País del Carbón.

En términos generales, la Ciénaga puede dividirse en partes altas y bajas.

A las primeras, se les llama allá *montaña*. Y son lugares a los que no llegan las aguas inundantes de la *llena-da*, con una vegetación específica y un suelo calizo, a base de seborucos, campanarios y diente de perro. Las partes bajas son siempre terrenos pantanosos, que quedan ocultos bajo las aguas cuando vienen las lluvias.



Haciendo carbón.

Dentro del terreno pantanoso bajo, hay porciones altas, a las que se llama *cayos*.

Estas zonas tienen una vegetación muy densa —oasis en medio del cenegal— en las que predomina, cuando están vírgenes, el *júcaro* y la *llana*, que son la materia prima del carbón.

Para ir a un cayo, por tanto hay que atravesar la Ciénaga. Y como por aquí no se puede caminar sin hundirse en el fango por lo menos hasta las rodillas, sucede que ha habido que idear medios para transportar la leña del lugar donde se corta, hasta el lugar en que se quema y que se llama *plan*. Los procedimientos son variados.

En la región de Zapata, hay lugares en los que el cami-

no consiste en una carretera flotante, construida con troncos de árbol a los que luego se echa tierra y cisco para endurecerlos. Y pese a su base cenagosa, estas vías son tan firmes, que por ellas circulan carretas cargadas de leña y tiradas por tractores. A veces, sobre esta *vereda* se tira una línea de ferrocarril de vía estrecha, y por ella van y vienen pequeños camiones adaptados para ese tipo de rodaje. Sin embargo, el sistema más curioso de cuantos hay en la Ciénaga, es el de los *canales*. Éstos no son más que zanjas de dos metros de ancho y uno de profundidad, contruidos por la mano del hombre, por los que circulan botes y chalanas largas llamadas *bongos*, tiradas por lanchas de motor.

El sistema se presta a combinaciones.

Cerca de Aguada de Pasajeros está el *Canal de Muñoz*, que tiene unos 18 kilómetros de largo. Los *bongos* de este canal traen la leña del corte, la dejan en el *plan* y ahí mismo recogen el carbón, ya elaborado, y lo llevan hasta un entronque ferroviario que se halla en el Central Covadonga, desde donde salen para La Habana, por Aguada de Pasajeros.

Pero en el llamado Corte de la Viuda, en la Finca Santo Tomás, al norte de la Península, el sistema es mixto. Allá, del corte se extrae la leña y la madera a través de un camino de troncos y cisco, por medio de carretones tirados por tractores, hasta el plan. En este lugar, el carbón y la madera —cuando también se explota ésta— se montan en *bongos* de 60 y 70 pies de largo, que luego son arrastrados por una lancha a través del canal, hasta el río Gonzalo, que desemboca en el Hatiguanico. Aquí se pasa la carga a *barcos* mayores que salen por la Ensenada de la Broa, y vienen a atracar a algún muelle del sur de la provincia de La Habana.

Finalmente, por ferrocarril, llega la mercancía a la capital, donde los *almacenistas* del giro se ocupan de colocarlo en el mercado.

El engranaje de la producción

El almacenista es la llave del sistema de explotación del carbón.

Con él comienza y termina el engranaje de la producción.

Expuesto sintéticamente, el mecanismo de la fabricación del carbón funciona así :

1) El almacenista refacciona —no con dinero, sino con víveres —a un *contratista*. 2) El contratista, situado en el lugar donde el propietario de la finca le autorizó a *plantear un rancho*, organiza a los hacheros y a los que se van a ocupar del transporte y la confección del producto. 3) Elaborado éste, lo envía a La Habana por los medios de transporte a su disposición. 4) El almacenista recibe el carbón en la capital y lo vende. 5) Del producto de la venta deduce los gastos que ha tenido, cobra una comisión del 10% y otra por el alquiler de los sacos que ha dado al contratista para el envase —esto se llama *corrida de sacos*— y el resto es lo que le



Joven cienaguera en un típicamente improvisado fregadero.

liquida a éste.

Los gastos que usualmente el almacenista paga son varios. Víveres. *Pie de monte*. Se llama pie de monte a lo que hay que pagarle al propietario de la finca por el derecho a explotar una porción de la misma. Usualmente, cada saco de carbón que sale de la Ciénaga de Zapata, supone veinte centavos que ingresa en sus arcas el dueño de la finca donde se cortó la llana, el mangle o el júcaro con que se fabricó. Otros gastos son el flete. Ferrocarril, barcos y camiones. El contratista es una especie de patrono o empresario.

Desde luego, los hay pequeños, que apenas si cubren los costos de producción y que son ellos mismos trabajadores. Y los hay grandes, que además poseen una *bodega* en el plan, de la que se surten los trabajadores y que a veces se convierte en un negocio más productivo que el mismo carbón.

Crisis en el sector

La explotación del carbón esta sufriendo ahora una de las crisis más serias de su historia. Hace tres o cuatro años, alrededor de la mitad de la riqueza en exportación en toda la Ciénaga de Zapata era de carbón. Ahora, la producción —debido, según se informa, a una caída vertical del consumo— se ha reducido en una porción tan sustancial, que la madera ocupa ya cerca del 80 por ciento de toda la explotación cienaguera. Y el carbón sólo el 20 por ciento.

Se dice que también ha habido un descenso en los precios.

La vida nómada

A lo que ha dado lugar esa crisis del carbón es a una reducción aún mayor, en el ya impresionantemente bajo nivel de vida de los obreros cienagueros que se ocupan de su producción.

La jornada de trabajo de éstos, además, es brutal.

Para ganar dos pesos, un hachero tiene que levantarse con el sol y acostarse con él, de modo de poder cortar por lo menos dos arrobas de leña de júcaro. El júcaro es el árbol maraña de la Ciénaga. A veces crecen acostados en el suelo, enredados con la maleza y entre ellos mismos. Dar el hachazo en el lugar preciso, mientras se tiene el pantano subido hasta los mismos muslos es una labor que exige una habilidad y una resistencia física verdaderamente prodigiosas.

El *burreador* no es más que un ser humano, al que la miseria ha convertido en bestia de labor.

Y el *carbonero* propiamente dicho, que quema la leña en los hornos, tiene que construir gigantescos conos de leña, que luego ha de cuidar como un hijo, durante las 24 horas del día, para que no se le *vuele* y se pierda en minutos la inversión y el trabajo de varias semanas de labor.

Y todo esto, por dos o tres pesos diarios, cuando más. Lo terrible en todos estos trabajos no es sólo la labor sobrehumana, sino las condiciones de vida. El carbonero es un hombre que vive en las condiciones más primitivas. Todo lo que hay a su alrededor, desde el camas-

tro para dormir, hasta el jarro para beber, es algo que pertenece a una era muy anterior a la civilización. En resumen, pasan meses, sin el menor contacto con el mundo exterior.

El aislamiento es completo y supone, desde luego, la separación de la familia. Pero esto no es todo. La vida del carbonero es una vida seminómada. Las posibilidades de explotación de un *chucho de carbón* pueden agotarse en unos meses, y entonces hay que mudar el rancho para otro lado. A veces a varias leguas de distancia. Este régimen ambulante imprime un sello muy especial a todo lo que concierne a estos hombres.

Su vivienda, en ocasiones no supera la llamada vara en tierra.

Los asientos, la mesa, la despensa, la cama, los utensilios de cocina, todo, refleja una construcción cuya esencia es provisionalidad. El símbolo de la vida del cienaguero es la estaca. Dos estacas largas y un cordel en el medio forman una tendedera. Dos cujes y un saco de carbón, un camastro. Una tabla de tronco sin labrar apenas, con cuatro palos debajo, un banco. Y un cajón viejo y una tabla de por medio, puede ser al mismo tiempo un platero, que una despensa, que un escaparate.

La vida del cienaguero está reflejada en el primer capítulo de cualquier historia universal.

7 de febrero de 1954, pp 58-62, 104

* *Las cursivas son de la edición original. (N. de la E.)*

LA CIÉNAGA DE ZAPATA

REALIDAD Y LEYENDA (II)

Las tembladeras. La seca y la "llená". El negocio del carbón está malo. Viradero. Los bateyes de la Ciénaga. Las bodegas. Hacia el mar. Cuatro horas de viaje. La montaña. Manigua impenetrable. Árboles en la roca viva. Playa Girón. El bohío solitario. Lorenzo. La hija del capitán. Fantasma de la Ciénaga. Un embarque de madera. El Ébano. La hospitalidad. Punta Perdices. El mallorquín.

Hoy, lector, vamos caminar un largo trecho, en nuestro viaje por la Ciénaga.

Sencillamente, que la atravesaremos por la parte oriental, de norte a sur. Y luego torceremos hacia el oeste, para arribar, antes de que anochezca, a la Ensenada de Cochinos.

El trayecto nos va a resultar difícil. La vida de la Ciénaga, no es la vida de la convivencia humana, sino la vida del aislamiento. Pasaremos grandes trabajos para trasladarnos de un lugar a otro. Pero, lo haremos. Y valdrá la pena.

De entrada, conoceremos lo que es la verdadera Ciénaga. Veremos las tembladeras. Y desde muy cerca, aunque con precaución suficiente para no hundirnos en ellas. Estaremos en un batey típico de la región. Y subiremos a "la montaña", el lugar donde es más fácil encontrar un centén de oro, que un cubo de tierra buena. Y en el que las plantas crecen por encima de las mismas piedras y seborucales.

Llegaremos, inclusive, al mar.

A una de las playas más azules de Cuba y cerca de la cual, según cuenta la leyenda, desembarca todas las noches desde hace más de 400 años, el fantasma de un pirata inglés, que busca enloquecido por los montes a una bella española que se perdió yendo en su busca.

Si nos alcanza el tiempo, veremos muchas cosas más. Pero, para ello, debemos iniciar rápidamente nuestro viaje. Partamos pues, ahora mismo, hacia la región de los pantanos...

Las tembladeras

La guagüita de línea va cabeceando a lado y lado de la herrumbrosa vía.

Hace solamente media hora que partimos del Central Covadonga, y ya el paisaje que se extiende ante nuestra vista es algo totalmente distinto a cuanto hemos visto antes.

Se trata de una enorme llanura de pálido color amarillento. Aquí y allá, sobresalen en ella las palmas canas. Pero la cortadera, el junquillo y el macío constituyen su vegetación esencial. El macío, le da el aspecto de un enredado y anémico cañaveral.



Playa del Cristo (cerca de Girón): la esencia de la vida en la soledad.

La verdadera naturaleza de estos suelos, sin embargo, es el sol quien nos la descubre. Penetrando por entre los yerbajos, el cálido astro arranca por doquier plateados destellos. Es el agua. Y comprendemos que toda esta inmensa sabana, no es más que un lago gigantesco, con blando y engañoso fondo de cieno. Sólo una bandada de garzas, como aquella blanquísima que a lo lejos se divisa, con su grácil y ligero movimiento, es capaz de posarse sobre él, sin hundirse en la ávida superficie.

—¡Vaya, ahí está lo que buscaban ustedes!

—¿Qué cosa?

—La Ciénaga. Ahora todo lo que la vista abarca es ciénaga.

—¿Anjá? Y si caminamos por ahí, ¿qué nos pasa?

—Se hunden hasta la cintura.

—¿Hasta la cintura nada más?

—Bueno, o hasta la cabeza. Fíjense como hay macío. Donde está, el macío, está la tembladera.

—¡Caramba! ¿Y esto es así todo el año?

—¡Qué va! Una cosa es en la seca. Y otra cuando viene la "llená". Luego de mayo, cuando empieza a llover, esta parte de la Ciénaga se convierte en un mar. Entonces las yerbas no se ven. Y lo más que queda fuera del agua, a veces, es el penacho de las palmas canas.

—¿Y qué es aquella mancha de árboles que se ve a lo lejos?

—Un cayo.

—¿Vive gente allá?

—No. Eso hace muchos que se explotó y se le sacó la madera que tenía, para carbón.

—Entonces, lo abandonaron ¿no?

—Claro.

Sigue la guagüita su marcha. El viejo cienaguero que va a nuestro lado, continúa también, hablando sin detenerse.

—En la Ciénaga —dice—, ya no se puede vivir. El negocio del carbón está malo, muy malo. La gente les echa la culpa a las cocinas de gas, alcohol y luz brillante. Pero él sabe que ése no es el origen del problema. En Cuba, con esa aguda perspicacia del hombre de monte adentro, últimamente todo se ha venido abajo. Y lo que pasa ahora, es que en las casas de los pobres cada día se encienden menos los fogones, porque no hay comida que cocinar. Y eso —añade— es lo que nos está doliendo a los carboneros. Los hornos de la Ciénaga son el termómetro de la economía nacional. No hay manera de que pare de hablar este indiscreto cienaguero.

—¿Aquéllas son yaguazas, no?

—Yaguazas. Y más allá lo que se ve son guariaos y cocos.

—¿Falta mucho para llegar a Viradero?

—¿Donde se termina la línea? No. Dos horas.

Dos horas después estamos en Viradero.

Los bateyes de la Ciénaga

Viradero es uno de los más grandes bateyes de toda la Ciénaga.

Se le llama así porque allí “vira” la guagüita de línea y regresa al Central Covadonga. Para seguir adelante, hay que utilizar caballo, camión, o ir a pie. El batey, en sí, además, no está formado más que por una decena de casas o bohíos, esparcidos alrededor de como una gran plaza, en cuyo centro se ven los restos de dos o tres gigantescos hornos de carbón.

La población no debe pasar del centenar de habitantes. Pero, no obstante ello, según quedó señalado antes, Viradero es uno de los mayores bateyes de toda la región. *En la Ciénaga de Zapata, ni por excepción, se produce el fenómeno de la concentración humana.*

La vida en ella es la vida del aislamiento esencial. Y lo que es un nombre en el mapa, a veces no pasa de ser un bohío en el mégano.

Cuando nos apeamos en “Viradero”, nos dirigimos a la bodega.

La bodega es también un símbolo en la Ciénaga. Cada vez que un contratista decide explotar una zona, lo primero que hace es establecer la bodega. Como negocio, es el mejor negocio del mundo, puesto que se desarrolla



Playa Girón , recodo de la ensenada de Cochinos, uno de los lugares más bellos de Cuba.

sobre la base del monopolio y la especulación más incontrolada.

Los cienagueros tienen forzosamente que acudir a comprar a la bodega más cercana, puesto que cualquier otro centro de abastecimiento de víveres le puede quedar a veinte o más leguas de distancia.

“Como no hay competencia”, nos decían por doquier, “aquí cobran lo que les da la gana por los alimentos. En este lugar, la libra de papas siempre se paga a 10 centavos. La manteca, a 40 y 50. Y el café, a \$1.20. Por sólo hablar de tres renglones. Pero sepa usted que en la Ciénaga nada tiene un precio normal”.

Ya en la bodega, pues, comenzamos a indagar por los medios de transporte de que se dispone, para poder continuar el viaje. El interés nuestro es llegar a la costa de la Ensenada de Cochinos, alcanzar el fondo de ésta en el punto llamado Caleta de Buenaventura, y después seguir a través de toda la Península de Zapata propiamente dicha, hasta alcanzar el río Hatiguanico. El plan es entonces, por esta vía fluvial, salir a la Ensenada de la Broa, para dar término al viaje en el sur de la provincia de La Habana.

¿Será posible realizar tal recorrido, ambicioso, si se tiene en cuenta el tiempo de que disponemos?

Las primeras dificultades surgen en Viradero.

—¿Cómo podríamos llegar a Playa Girón, en la costa?

—Bueno, allá como se va es en camión.

—¿Y ahora sale alguno?

—No, porque ahora no estamos descargando carbón ni madera por ese lugar.

—Pero, ¿se podría conseguir uno, verdad?

—Difícil. Mire, uno está fuera. Y los otros dos, puede comprobarlo si quiere, están rotos.

—¿Y a caballo?

—No los van a conseguir.

—¿Entonces?...

—A pie, únicamente. La Ciénaga es así. Cuando hay transporte, se aprovecha. Cuando no, hay que caminar.

—¿Y es muy lejos?

—¿A Playa Girón? Unas cinco leguas.
—Entonces, nos vamos a pie.

Hacia el mar

Comparamos galletas, unas galletas grandes y gruesas, de esas que se consumen mucho en el campo, dulce de guayaba y salchichas. Nos agenciamos una botella de agua. Y partimos.

La caminata, calculamos, durará cuatro horas.

Y el trayecto, resulta un tanto difícil.

Ya hemos dejado atrás la parte baja, de la Ciénaga, y nos hallamos en una zona más alta, especie de meseta junto a los pantanos, a la que por la región se le llama *montaña*. El tránsito de una parte de la Ciénaga a una de montaña, sin embargo, apenas si es perceptible para los no conocedores.

Lo más que se nota es el cambio de la vegetación y el suelo.

Ahora que vamos por este sendero rumbo a Playa Girón, el panorama es absolutamente diferente a aquel que predominaba, cuando veníamos en la guaguüta de línea hacia Viradero. Ya no vemos las llanuras enormes y cenagosas. Y, en estos momentos, lo único que hay a lado y lado de nosotros es una tupidísima manigua en la que, entre otros miles de plantas, distinguimos algunos soplillos, yaicuares, júcaros y jagüeyes. La vegetación es tan compacta, que nos luce impenetrable hasta para el más escurridizo de los reptiles. Tomamos una piedra y a boca de jarro, la lanzamos hacia ella con todas nuestras fuerzas. El proyectil se estrella contra la manigua. Pero no la penetra más de un metro. Tampoco la sentimos caer.

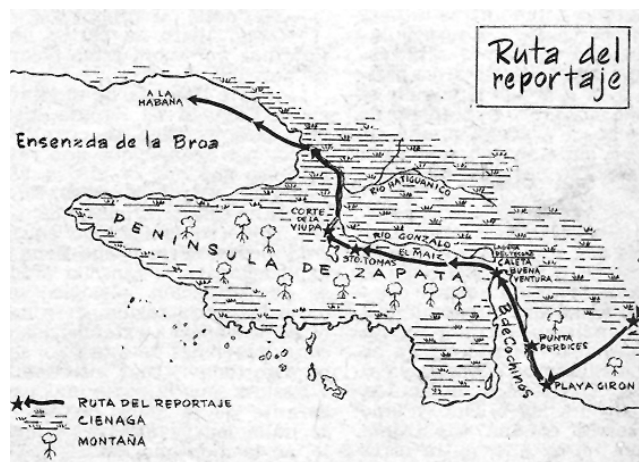
Al cabo de dos horas, nos detenemos a descansar.

—¡Uf! ¿Cuánto faltará todavía?

—Habremos andado dos leguas.

—Y son cinco.

—Entonces, ¡al ánimo!



Ruta del reportaje: los periodistas entraron por Viradero y atravesando a pie la Ciénaga salieron por la ensenada de la Broa.

—Okey, ¡pero se cansa uno! Caminar por sobre estas piedras es horrible.

La parte llamada de montaña, en la Ciénaga de Zapata, tiene una característica en cuanto al suelo: por decir que uno vaya lo único que hay es piedra. Mejor dicho, diente de perro. *En la montaña es tan difícil hallar tierra, como en la Ciénaga encontrar piedras.* Este hecho tiene su explicación en el especial proceso de formación geológica que dio origen a la región. Pero nosotros no vamos a extendernos en consideraciones de este tipo, sino en algo todavía más interesante.

Resulta que la parte más exuberante de la flora de Zapata se halla localizada, precisamente, en la montaña. *Es decir, que la vegetación, allí, se desarrolla sobre la piedra.* Es un espectáculo asombroso. Árboles corpulentos, con raíces finísimas, que se tienden anhelosas por el sólido pedregal, buscando un hueco, un saliente, una vuelta donde agarrarse, para poder tenerse en pie. Plantas juncas, brotando airoas por entre el diente de perro. Una batalla impresionante por la supervivencia vegetal, es la que la naturaleza, avara y generosa al mismo tiempo, emprende sin igual forcejeo consigo misma.

El crecimiento de la vegetación en esos lugares, a veces, se convierte en un privilegio exclusivo del suelo.

Hay partes de la montaña, donde el hombre que quiere sembrar un árbol, tiene que abrirle el hueco con una barreta.

Y esto tiene su importancia. En la montaña es donde se hallan los árboles que dan madera de corazón. Es decir, madera dura, que sirve para traviesas y construcciones. Por eso, los bosques de la montaña han sido los más esquilados por la mano del hombre. Y la consecuencia es una: el incumplimiento de las disposiciones legales concernientes a la repoblación forestal ha encontrado su justificación. Los montes que allá caen a filo de hacha, ahora sólo dependen para su renacimiento de la labor de la propia naturaleza, en esta región, lenta, pobre y egoísta.

Playa Girón

Los pies nos duelen.

—Oye, ¿y cuándo se acabará esto?

—No sé. Llevamos tres horas caminando. Pero, fíjate en esa vegetación.

—Está cambiando. Ya no hay monte alto. Y aquello es mangle. Y uva caleta.

—También el aire está refrescando. ¡Qué brisilla!

—Como que viene del mar. Para y escucha.

Un sordo rumor nos llega a los oídos. Sí. No hay dudas. Nos estamos acercando al mar.

De pronto, la inmensidad azul surge ante nuestros ojos.

—¡Playa Girón!

Apresuramos el paso. Casi que corremos. Raúl es el primero que llega a un bohío que solitario mira al mar. Hay tres niños en el patio. El mayor tendrá unos cator-

ce años, y a él le pedimos agua. Ésta nos es traída por la madre. El padre anda por fuera y ellos están solos. Nos sentamos a descansar, y conversamos. Un diálogo breve y sencillo, pero en el que se refleja el terrífico aislamiento sobre el que se asienta la vida humana en este apartado mundo.

—¿Hace tiempo que viven aquí?

—¡Uuuuff! ¿Quién se acuerda desde cuándo?

—Pero esto es muy aislado. Hace horas que estamos caminando, y no hemos visto un solo bohío. Un solo ser humano. ¿No salen nunca ustedes de este lugar?

—Nunca.

—¡Yo sí!

La exclamación parte del niño de catorce años. Pero en seguida se calla. Y mira a la madre, como pidiéndole permiso para hablar. Se llama Lorenzo y tiene un aspecto agradable. La piel extrañamente rosada para quien se pasa el día bajo el sol. Cuando se ríe, surge una blanquísima hilera de dientes en su boca. Se expresa un tanto como avergonzado.

—Y tú, ¿adónde has salido?

—A Cienfuegos. Y fui al cine. Ya no me acuerdo de la película. Pero no me gustó.

—¿Y dónde más has estado?

—En la zafra, en el Central Covadonga. Allá he trabajado.

—Y, ¿a qué te dedicas en tiempo muerto?

—Hago sitio. Ahí cerca sembramos unas viandas, para comer...

—¿Sabes leer?

—¿En qué escuela voy a aprender?

—¿Y tu padre?

—Fue a cortar caña. Antes hacíamos carbón, pero ya lo dejamos.

Nos dirigimos a la playa. Estamos, aproximadamente, en un punto medio del litoral este de la Ensenada de Cochinos. Bello y silencioso lugar es éste. El mar azulísimo contrasta suavemente con el claro del cielo. Sólo se escucha el rumor de las olas, rompiendo contra la arena. Es el atardecer, y el sol comienza a huir, delicadamente, de las hojas enormes de unos bosquecillos de uvas caletas que descuelgan sobre el mar.

Muy cerca de aquí, se encuentra el escenario de una de las más célebres leyendas de la Ciénaga.

Cuéntase en ella, que allá por el siglo XVII, el capitán de cierto galeón español, hizo prisionero a un grupo de piratas ingleses que merodeaba por el sur de nuestra Isla. Y que entre ese grupo de piratas, había uno que era como el jefe, y tan joven, arrogante y valiente, que la hija del capitán español quedó prendada de él, y le facilitó los medios para escaparse de las manos de su propio padre.

Dio la casualidad, sigue la tradición, que en su huida, el pirata inglés fue a parar a un punto de la Ciénaga donde años antes había establecido un cacicazgo indio: Yaguaramas. Y que, tiempo después, ¡cosas del destino!, el capitán español vino con su hija a residir a ese



mismo lugar. El resultado, se lo imaginará el lector. A escondidas de su padre los dos jóvenes libraron unos encendidos amores, que sólo terminaron cuando, una noche, el pirata dejó súbitamente de acudir a la cita habitual.

Desesperada, dícese que la infeliz muchacha se lanzó al monte en busca de su amado. Y que en el monte desapareció, devorada por las tembladeras.

La leyenda termina asegurando, que desde entonces, todas las noches, en cierto lugar de esta costa, desembarca una expedición pirata, con un apuesto y joven capitán a su cabeza. Y que el grupo de hombres, secunda agitado a su jefe que, enloquecido de dolor, busca por un camino que trazara hasta Yaguaramas, a una bella españolita a quien el amor extravió.

Esta conseja, es antiquísima en la región.

Pero, tan arraigada está, que hay cienagueros incapaces de aventurarse por ciertos caminos de la costa, en las noches muy oscuras, por temor a toparse con el fantasmal y desesperado capitán inglés.

Un embarque de madera

De Playa Girón, el punto más próximo donde podría obtenerse algún transporte para subir hacia Caleta Buenaventura, hay sus dos buenas leguas. Comenzamos a

recorrerlas, pues, por un arenoso camino que va bordeando todo el litoral de la Ensenada.

De cuando en cuando, nos desviamos y nos acercamos al mar.

El paisaje es variable. En algunas zonas nos encontramos con una playa. Pero, en otras, la costa emerge súbitamente del fondo del agua y forma una terraza de arrecife coralino, contra la que se estrella el rompiente de las olas. En algunos puntos como éste —El Brinco, La Esperanza, El Ébano—, a todo lo largo de la costa, encontramos pequeños embarcaderos naturales, utilizados para la carga del carbón y la madera que se envían por mar hacia Cienfuegos.

Cayendo la noche, hemos llegado a El Ébano.

Allí nos aseamos, descansamos y comemos.

Unas horas después, llegamos a Punta Perdices. Allí pernoctamos. Se trata de un viejo, pero sólido caserón de madera y tejas, con un amplísimo corredor circundante, perteneciente a los propietarios de la finca. Tiene ciertas comodidades. Y se nos acoge con gran amabilidad. Dormimos. Y, en amaneciendo, ya estamos recorriendo la costa próxima.

Presenciar un amanecer aquí, es espectáculo de privilegio.

El sol, subiendo por el oriente, va paseando sus rayos por sobre los montes cercanos, para sumergirlos luego en las aguas, a las que arranca vetas luminosas. A lo lejos se divisa la línea sinuosa de la costa del otro lado de la Ensenada. Y mirando este mar, en medio de este silencio, se siente uno como transportado a un mundo desconocido, quieto, azul y callado.

Ahora estamos en el embarcadero.

Cerca del muellecito, se apilan pequeñas colinas de troncos de árboles, de las más variadas especies.

La madera es en estos momentos la explotación fundamental de la Ciénaga. En los últimos tiempos, el negocio del carbón ha venido a menos y cada vez se reduce más el número de personas que a él se dedican. Claro, las maderas llamadas preciosas —cedro, jiquí, caoba—

, prácticamente han desaparecido. Pero aún queda madera dura, de corazón. Se le utiliza para la construcción de viviendas campesinas. Y para traviesas de vías de ferrocarril. Secundariamente, para cujes de casas de tabaco, estacas de carreta y postes para cerca. Aquí, en este pequeño embarcadero en que nos encontramos, hay una verdadera colección de ellas. Sábicu, yaicuaje, moruro, jocuma, soplillo.

Procedente de los montes, llega un pequeño camión, cargado de troncos.

Nos apartamos, y observamos la escena.

Del vehículo ha saltado un hombre joven, enjuto y nervioso. Es el chofer. Y junto a él otro, de sólida construcción muscular. Al parecer, es el que le va a ayudar en la descarga.

Los recibe el encargado de la finca.

—¡Hey!, ¡por fin llegaron, hace rato que espero!

—Vamos, no te agites hombre. Que todo hay que hacerlo a su tiempo.

—Bueno, empieza a bajar.

—Ahorita mismo. Pero antes alcánzame la muchacha. Que la quiero besar.

—¡Qué muchacha, ni tres cuartos, primero descarga y luego tomas!

—¡Demonios con el mallorquín éste!

—Ni tomar la mañana se puede aquí.

—Bien, bien, ahí va la botella.

—Ahora sí...

—Pues, ¡hala, a contar!

—Allá van... uno... dos... tres... cuatro...

Y los palos comienzan a caer, hacinándose unos sobre los otros uniformes y dóciles.

Como cadáveres vegetales de una vida salvaje, segada por el hombre.

14 de febrero de 1954, pp.58-62 y 105

LA CIÉNAGA DE ZAPATA, REALIDAD Y LEYENDA (III)

Lo que se dice de la Ciénaga. Un bohío en el monte. El nomadismo. Veintiocho sacos: cuarenta pesos y pico. Los mosquitos. Hambre en la Ciénaga. En Santo Tomás. Caleta de Buenaventura. Fincas de 4,956 caballerías. Ni venados ni jutías ni perros jíbaros. Don Cornelio "¡En mi época sí que había monte". La despoblación forestal. Casi no quedan cocodrilos. Matea. "No hubo nunca Sabaneo". Un emporio de riqueza. Plátanos y frijoles en el "diente de perro". Final de un viaje. La Ensenada de la Broa. Nuestro agradecimiento.

Visitar la Ciénaga de Zapata es como dar un salto atrás en la Historia.

Ya hemos hecho referencia a la vida seminómada allá imperante. Lo que predomina en esas regiones, dijimos, es la inestabilidad de la habitación humana. El hombre vive en perpetua persecución del monte. Cuando las posibilidades de explotación de una zona se agotan, se busca otra. Y a ésta se muda la residencia. Una residencia que, en la mayor parte de los casos, no pasa de ser un esquema de bohío campesino. Más pobre, más rústico y mucho más miserable.

Pero el nomadismo no es el único *vestigio* de sociedad primitiva que nos encontramos en la Ciénaga. Hasta hace sólo unos años, la economía del lugar se asentaba, en cierta forma, sobre la base de trueque. Y la moneda no comenzó a circular, sino muy recientemente. Los viejos cienagueros, le hablan hoy a uno, con cierta melancolía de aquellos tiempos en que "el dinero no hacía falta". En que los víveres se obtenían a cambio de unos cuantos sacos de carbón y unas libras de cera. Y en los que "había tal unidad, que a veces todos se ayudaban en el trabajo, lo hacían juntos, y al final compartían sin discutir".

Y eso no es todo.

También hasta hace poco existían en la Ciénaga supervivencias de un tipo de matrimonio que los sociólogos titulan *poliándrico* —unión de una mujer con varios hombres— que es característico de las primeras etapas de evolución de la humanidad. Por lo que investigamos, este *sabaneo*, como algunos le llaman, ya no está vigente. Pero, ciertamente hemos hablado con algunas ancianas nativas de la Ciénaga que guardan como un tesoro los recuerdos de aquella época menos convencional.

Hay en la región de Zapata, además... (sic) Pero, mejor no nos detengamos en nuevas consideraciones. Y prosigamos nuestro reportaje. Es decir, el trayecto que hemos emprendido desde hace días con el lector, a través de todas esas apartadas zonas. Visitemos nuevos lugares. Hablemos con gentes más interesantes. Y contestemos ciertas preguntas —algunas solamente curiosas, y otras más trascendentes— que nos han sido hechas por muchas de las personas que, con su imaginación, nos han acompañado en este largo viaje por el país del carbón, la madera y los pantanos.



**Madre cienaguera de 19 años con sus hijos
(la mayor de siete años).**

¿Cómo viven, en medio de su aislamiento los habitantes de la Ciénaga?

¿Es verdad que esta población es autóctona del lugar y, como dicen algunos, allá la mayoría descende de indios y marinos del siglo XVII?

¿Hay, o no hay cocodrilos en la Ciénaga?

¿Es ella la región más peligrosamente insalubre de Cuba?

¿Qué de sus recursos forestales: están agotados o no?

¿Falso o cierto que toda Zapata es un verdadero emporio de riqueza agrícola y mineral, sin explotar? Lancémonos a buscar respuesta a todas esas cuestiones.

Un bohío en el monte

Vamos andando por un estrecho sendero que cruza el monte. El suelo es tan duro como un piso de mosaico. Sólo que aquí el mosaico es la piedra, el diente de perro, y al caminar sobre él los pies tienen que amoldarse dolorosamente a las anfractuosidades, huecos, y puntiagudas crestas de su superficie. A lado y lado, la manigua, tan tupida, que parece que nos quiere apretar, hasta ahogarnos.

La noche comienza a caer, y apresuramos el paso.

Al fin, a lo lejos, divisamos una pequeña lucecita. Ése es el lugar que buscamos. Un oscuro bohío, enterrado en medio de aquella selvática maraña de plantas y piedra. Nos acercamos. Un hombre alto y delgado, como de unos sesenta años, sale a recibirnos. Detrás de él, una mujer muy joven, y un muchachón de unos veintitantos.

—Buenas noches.

—¡Muy buenas!

—¿Gente por aquí? Adelante. Luego dirán en qué los servimos.

—Bien, gracias.

Penetramos. Y ahora podemos observar mejor la vivienda. Dijimos antes que era un bohío. Pero no lo es exactamente. Su techo es, en efecto, de guano, como la típica casucha campesina. Sin embargo, en ésta, hay algo característico. Y precisamente, en la construcción. ¿Qué es? Al principio, no nos damos cuenta. Pero enseguida caemos. ¡Ah, ya está! Este bohío está incompleto. No tiene paredes. El techo, desciende directamente y casi viene a besar el suelo. Es algo así como un gigantesco vara en tierra. Parece como si sus constructores hubieran comenzado a levantar la casita, por el techo. Y que luego se arrepintieron, y dejaron el techo en el suelo, y se fueron sin formar con yaguas y horcones las paredes.

Sin embargo, la impresión que uno recibe estando en ella, no es la de abandono, sino la de provisionalidad. Aquí, en este bohío, todo así lo tiene impreso. Como si sus habitantes vivieran en un régimen perpetuo de mudanza. Y, al cambiar tan frecuentemente de residencia, no llevaran nunca nada de la anterior consigo y todo tuvieron que construirlo de nuevo. Este banco en que estamos sentados, aún parece que tiene fresco el olor de árbol cortado. Sin dudas que fue armado en un dos por tres. Y que aquí en el monte se quedará el día que sus dueños decidan dejar el lugar.

—¿Hace tiempo que viven aquí?

—¿En la Ciénaga? Toda la vida. Y aquí estaremos, hasta que nos “muéramos”.

—No. Nos referimos al bohío.

—¡Ah, no! Hace tres meses.

—¿Y se quedarán aquí para siempre?

—¡Qué va! En este rancho sólo vamos a estar cuatro o cinco meses más. Por este lugar no hay mucho júcaro. Ni yana. Y el carbón lo estamos haciendo con mangle.

—Ese horno que está allí ¿cuánto les producirá?

—Un carretón.

—Veintiocho sacos.

—Eso es. Se dice fácil. ¡Pero cómo hay que trabajarlo! Por lo menos tenemos que pasarnos ocho días cortando. Tres días luego parando la leña. Y como diez sacando, aterrando y dando candela. ¡Qué se cree usted! Y todo por unos cuarenta y pico de pesos.

—¿Y tiene asegurada ya la venta?

—De este carbón sí. Pero para después ni sé. ¡Ey, aquí esta el café acabadito de colar!

Viene el café, en efecto. En una latita de leche condensada, a la que se ha añadido un asa que la convierte en jarro. Lanzamos una nueva mirada a nuestro alrededor. Sobre la repisa, danza la llama, pequeña y sorprendentemente luminosa, de un quinqué. El bohío está dividido en dos, por una pared de yaguas. En la parte posterior están los camastros. Y donde nos hallamos nosotros, algunos bancos rústicamente labrados y dos taburetes. Colgando del techo, un cajón de madera. Es la despensa. La examinamos. Azúcar en una lata. Café en otra. Frijoles y arroz en las dos últimas. Envuelto en un papel grasoso hay un pedazo de tocino cocido. Y, encima de las tres primeras latas, una larga y delgada barra de dulce de guayaba.

Junto a la pared que separa el cuarto de dormir de la “sala”, está arrimado un viejo fogón, desconchado y temblequeante. En el cuarto de dormir hay una cama, de esas antiquísimas, de retorcido y chirriante hierro. Al lado, otros dos camastros. Decir rústicos, es decir ya mucho, porque eso da idea de elaboración. Y estos no tienen ninguna. Se trata, sencillamente, de cuatro patas, con dos palos sobre ellas. Y sobre los palos, cosidos, dos sacos de yute, desechos de unos envases de carbón.

Duermen dos niños en la cama de hierro.

—¿Y por qué ese mosquitero tan grueso? ¡Es de tela!

—Por los mosquitos, amigo. Tendría usted que venir a la Ciénaga en la época de la plaga.

—¿De la plaga?

—Sí. Cuando viene la “llená”. Entonces los mosquitos son tantos, y tan grandes, que a veces, aunque uno se arrope todo, y se cubra los brazos y la cabeza con trapos, no lo dejan a uno trabajar.

—¡Vamos, usted exagera!

—¿Qué yo exagero? ¡Oye eso, Consuelo!

—¡Exagerar! Lo que no ha dicho nada. Aquí ha habido épocas en que la labor del monte ha tenido que ser paralizada durante una semana, porque los mosquitos no dejaban trabajar.

—Y dicen que antes era peor. Dice el viejo Novo que en 1913 hubo que paralizar el corte de leña durante 23 días. ¡Porque más eran los palmazos que tenían que

estar dándose los hombres, para matar mosquitos, que hachazos para tumbar árboles! ¡Y cómo suenan esos mosquitos cuando uno los mata!

—¡Qué horror!

Salimos afuera. Arriba, parpadea un cielo fantásticamente estrellado. El silencio de la noche se va poblando de ruidos. Una cigarra. Un cocuyo, negro y luminoso a un tiempo, pasa delante de nosotros. Miramos el reloj. Las ocho de la noche. ¿Pero es realmente esa hora? ¿No serán las once? ¿Las doce? Estas manecillas marchan muy lentamente. Nos alejamos un poco más, hasta que la luz del quinqué del bohío se vuelve difusa y las voces se apagan como en un murmullo. Todo aparece ahora envuelto en la penumbra y la quietud. Sentimos como si todo el aislamiento y todo el silencio del mundo se concentrara ahora en ese pobre intento de bohío.

Regresamos y, en la oscuridad, casi que derribamos una tendedera.

Es decir, dos cujes altos, clavados en el suelo, con un cordel de extremo a extremo. Dentro de unos meses, cuando esta familia abandone el lugar, estos cujes quedarán por algún tiempo en pie, solitarios, enhiestos. Como símbolos de una vida errática y salvaje. Y, sobre todo, aislada. Nosotros hemos visto muchos lugares terribles en la ciudad. Lugares donde el hambre oprime, anonada y mata. Pero en la Ciénaga de Zapata hay más. En la Ciénaga hay hambre. Y, encima de ello, soledad. Y si mala, muy mala es la miseria en medio de la convivencia humana, mil veces más terrible y desesperante es, cuando se desarrolla en medio del aislamiento.

—Bueno, amigos, nos vamos. Ustedes mañana tienen que levantarse temprano.

—¡Je, je! Antes que salga el sol hay que meterse en el manglar a sacar la leña.

—Entonces, nos despedimos.

—¿Y qué? ¿No comen nada? Si quieren, pueden dormir aquí. Todo es pobre. Pero la voluntad es grande.

—Gracias, gracias.

—Miren llévense aunque sea unas galletas y un poco de tocino.

—No, se lo agradecemos.

—Es que van a pasar hambre. Nosotros nos arreglaremos mañana. Quizá pesquemos algo.

—De ninguna manera. Un abrazo. ¡Y hasta la próxima!

Esta generosidad rayana en el sacrificio, es rasgo muy típico de los habitantes de la Ciénaga. Nos encontramos con ella en todos los lugares que visitamos. Y hasta nos sorprendió. La vida aislada allá, no ha hecho a los hombres egoístas, sino todo lo contrario. Y *el dar y recibir hospitalidad forma parte de su modo de vida*. La separación ha hecho comprender en esas regiones a las gentes cuánto necesitan unas de otras. Sin embargo, este desprendimiento no es hoy un simple cálculo. Sino que asume la forma de los más puros, espontáneos y limpios gestos de cooperación.



Nos despedimos, y empezamos a desandar el fragoso sendero.

A lo lejos, queda la lucecita del quinqué alumbrando débilmente.

Y la familia y el bohío de carboneros de la Ciénaga, se pierden en las sombras.

En Santo Tomás

Alrededor de las cuatro de la tarde del día siguiente abandonamos Punta Perdices.

La pequeña lancha de motor se aleja rápidamente de la costa, y se adentra en las aguas de la Ensenada de Cochinos. El paisaje es esplendoroso. Nos impresiona, sobre todo, el subido azul del mar. Y el mismo aspecto de la costa, por todo este litoral acantilada, como cortada a cuchillo y luciendo encima una variadísima gama de plantas. Lo sorprendente es la uniformidad con que éstas se desarrollan. Como disciplinada infantería vegetal, vemos en primer término una franja de uvas caletas. Detrás, más alta, la línea rizada de los penachos del guano campeche. Y, más atrás aún, la enramada de un montecillo de guairajes y soplillos. De cuando en cuando, dominando por sobre todas, surge el esqueleto brillante gris cobrizo y desnudo de un triste almacigo.

Con la noche, llegamos al fondo de la Ensenada: Caleta de Buenaventura.

Por este lugar, se embarca mucha madera, de la que se tumba por los montes cercanos. La lancha atraca en un muellecito que avanza sobre la playa. Una playa de pinos y arena fina. Todo está oscuro cuando llegamos, pese a que no son aún las ocho de la noche. Aquí las gentes salen en busca del monte a eso de las tres de la madrugada y la jornada de sueño —para compensar una de trabajo de doce horas— comienza muy temprano.

Comemos algo y descansamos unas horas.

A las cuatro de la madrugada ya estamos en un camión que, dando tumbos por un pedregoso camino, o *sobado*, como allá se llama, nos ha de dejar en un lugar a unas cinco leguas de la Finca Santo Tomás, exactamente el punto medio de nuestro recorrido.

Para ir a Santo Tomás, hemos de atravesar El Maíz, otra gran finca.

Ambas, están en la misma península de Zapata. Santo Tomás tiene más de 840 caballerías de extensión. Y El Maíz unas 630. En realidad, esto no es una excepción. En la Ciénaga de Zapata hay latifundios mayores. La finca San Blas tiene 1 040. La del Santo Cristo de Potosí 1 450. La de Buenaventura 2 040. La de Pilar 1 800. La llamada Península de Zapata ¡4 956! Y así sucesivamente.

Toda la región de Zapata es feudo de una docena de propietarios.

Y lo curioso es que los linderos de sus fincas no están bien delimitados. Y muchas de éstas están en pleito permanente. El origen de la propiedad aquí, se remonta a los tiempos en que el gobierno de España otorgaba mercedes de tierra a los pobladores de nuestra Isla. Aun quedan vestigios de estos orígenes. Y hay ciertas gentes con títulos nobiliarios, dedicadas al prosaico menester de cobrar a tanto el pie de monte por la explotación de alguna finca cienaguera. Además, entre los grandes propietarios de la región está el Estado cubano. Pero, como si no lo fuera. Puesto que se dice que las fincas más impunemente saqueadas de toda la región son las de éste.

La caminata hacia el batey de la finca Santo Tomás comienza a eso de las ocho de la mañana.

A las once, aún estamos a una legua. El viaje es trabajoso, por la naturaleza del terreno. Piedra y muy poca o ninguna capa vegetal. Cosa interesante, la zona de tierra es puro fango, pese a que sabemos que hace muchos días que por aquí no llueve. Parece que ésta es una región muy húmeda y también que el agua subterránea aflora fácilmente a la superficie. Por doquier, entre las piedras, hallamos un pozo natural, con el agua a media vara del borde. La vegetación, es la típica de montaña. Mucha salvia. Mucho soplillo. Mucho júcaro joven. Cúrbanas y maboas aquí y allá.

Dicen que por esta zona hay perros jíbaros, venados y jutías.

Pero no hemos visto ni uno solo de esos animales.

Lo que vemos frecuentemente escapar veloces por entre las piedras, a nuestro paso, son los jubos. Y también sentimos el persistente repiquetear de los pájaros carpinteros por todo el camino. Con todo, nos parece que hay pocas aves. Y lo más que escuchamos, cierta vez, fue el bello y limpio canto de un zorzal.

Seguimos, muy cansados, avanzando.

Ahora nos topamos con un muchacho que viene sobre un caballo.

—¡Qué tal amigo!

—¡Qué tal!

—Oiga, ¿estamos muy lejos de Santo Tomás?

—Hummm... no, ¡qué va! Está ahí alantico.

—Bueno, gracias.

—Adiós.

A “ahí alantico” llegamos una hora y media después.

Don Cornelio

Los ochenta y tantos años de la vida de Cornelio Ruiz han transcurrido en la Ciénaga de Zapata. Es un viejecito de rala barba, pequeño, delgado, con una descolorida camisa de gruesa tela azul que cómodamente se amolda a las sinuosidades de su combada espalda. Es hombre de pocas palabras don Cornelio, pero aquí, en este pequeño bohío que nos hemos hallado a la entrada del batey Santo Tomás, en medio de un silencio que sólo quiebra el incesante cacarear del millar de caos que habita un montecillo cercano, y entre sorbo y sorbo de fortísimo café, cosas muy interesantes hemos logrado extraerle a ese bosque egoísta y olvidadizo que son sus recuerdos.

—En mi época sí que había monte. Y con toda clase de maderas. Jiquí y caoba había a más no poder. Y el cedro, ¡uf! nosotros cercábamos los sitios con cedro.

—Pero todo eso se acabó hace tiempo.

—Lo acabaron, se puede decir que lo acabaron.

Tiene razón don Cornelio, la explotación incontrolada liquidó totalmente la riqueza que de las llamadas maderas preciosas poseía la Ciénaga. El jiquí, la caoba y el cedro, prácticamente, han desaparecido. Y las maderas duras, de corazón, cada día son más escasas. Hasta qué punto han sido agotados los recursos forestales de la región, es cosa que no podemos siquiera calcular. Entre los mismos cienagueros hay versiones contradictorias. Algunos aseguran que dentro de pocos años allí no queda un árbol útil en pie. Y otros confían en el renacimiento relativamente rápido de los montes. Pero lo que sí es un hecho, es que la repoblación forestal no ha pasado de la teoría. Dejada ésta en manos de la iniciativa privada, bajo un ineficaz sistema de inspección estatal, el fracaso ha sido absoluto. Y es de esperar que, a este paso, la Ciénaga se vea convertida un día en una desnuda extensión de piedra y pantano.

—Mire, le voy a decir, es que los tiempos han cambiado mucho. Yo recuerdo que antes me iba a Yaguaramas a caballo, tres días de viaje, hablaba con el bodeguero de allá y le decía: ¡chico, tengo varias colmenas en el sitio, pero necesito víveres! Y él me daba lo que pedía, y yo venía a los seis meses, al año, o cuando me daba la gana, y le pagaba en cera.

—Había más confianza entonces.

—Y más unidad. Aquí mismo en Santo Tomás. A veces nos reuníamos los vecinos con los del Maíz, o los de Maniadero, y trabajábamos juntos y compartíamos sin discutir.

—¡Eran otros tiempos!

—Ya lo creo. Vivíamos de las colmenas, ya sabe, miel y cera, y del ganado. Y de lo que sembrábamos para

comer. También hacíamos carbón y trabajábamos la madera.

—¿Y los cocodrilos?

—¡Ah, eso tuvo su temporada! Antes había muchos. Hasta con la mano los cogíamos. Hubo un año en que matamos no se sabe cuántos miles. Y mire, ahora que pagan a tres pesos el pie, no quedan.

—¿Ni uno?

—Casi. En el batey de Buenaventura, el año antepasado se apareció uno. Grandote. Pero enseguida lo mataron. Un cocodrilo aquí es una rareza más grande que un árbol de caoba. Eso sí, dicen que en la Laguna del Tesoro quedan todavía algunos.

—Don Cornelio, ¿y no recuerda usted alguna leyenda de la Ciénaga?

—No.

—Cosculluela, en su libro cubre este lugar, habla de ellas.

—Cosculluela estuvo aquí hace años, en la época de Menocal y las “vacas gordas”, deslindando fincas y tirando la línea de ferrocarril. Pero todo lo que él decía no era verdad. Aunque dijo muchas cosas ciertas.

—Por ejemplo, ¿lo del sabaneo? ¿Qué me cuenta usted del “sabeeo”?

—¿Del qué?

—Del “sabeeo”. Dícese que aquí hubo una época en que, debido a determinadas condiciones sociales, existía un tipo de matrimonio en el que una sola mujer estaba casada, a un tiempo, con varios hombres.

—¡Ah, eso sí lo había!

Matea

—¡Pues no, eso no es verdad ese... “sabeeo”, no lo hubo nunca aquí!

Matea ha saltado como impulsada por un resorte. Está ella también sentada sobre un rústico banco, en el bohío donde conversamos con don Cornelio. Matea tiene... ¿pero quién sabe la edad de Matea? Sesenta y cinco. Setenta. Ochenta años. Cualquiera de esas edades puede tener. Porque, cronológicamente, es una anciana. Pero vitalmente, es una mujer aún joven y dispuesta. La tez cobriza. Los ojos hundidos, con un extraño color grisoso. El pelo lacio, aun negro, y echado hacia atrás. El rostro surcado.

—¿No hubo nunca “sabeeo”?

—No, señor. Eso lo dijo Cosculluela. ¡Pero yo rechazo sus palabras! Cosculluela dijo muchas cosas malas de la Ciénaga. ¡Y con lo bien que lo tratamos aquí! Muy mal, muy mal estuvo eso de Cosculluela.

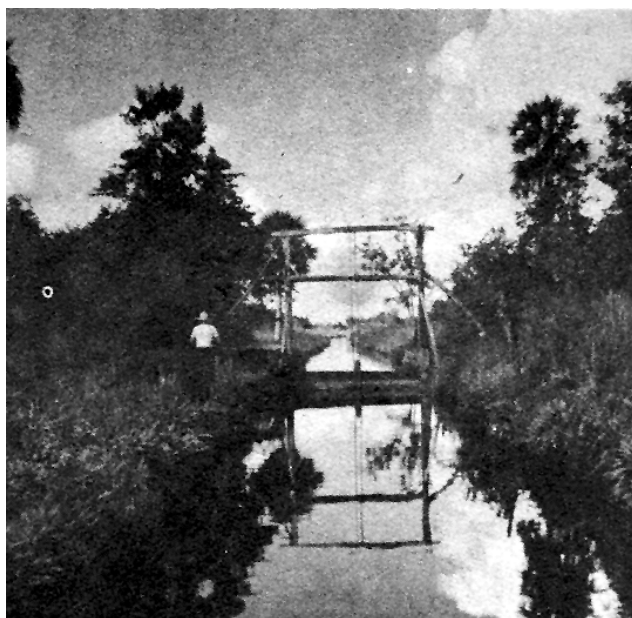
—¿Usted nació en esta zona, Matea?

—Sí.

—¿Y sus padres?

—También. Y mis abuelos. Nosotros todos somos de aquí.

Las preguntas han sido intencionadas. En realidad, basta lanzar una mirada sobre Matea para comprender que



pertenece a la más rancia estirpe cienaguera. Sin dudas, que descende por vía directa de los primitivos indígenas habitantes de la región. Como se sabe, en la Ciénaga, al comenzar la colonización, había varios cacicazgos indios. Hace sólo unos meses, un grupo de entusiastas estudiosos de nuestro pasado, encontró en Punta Perdices los restos de un al parecer importante asentamiento aborígen. El propio nombre de Yaguaramas —en la parte oriental de Zapata— le viene a este poblado por el cacique del mismo nombre que allí habitaba.

Además de con indios, la Ciénaga se pobló durante el siglo XVIII, con hombres de mar de las más variadas procedencias. Corsarios. Filibusteros. Y piratas de todas las naciones que tomaron sus costas como base para el contrabando y para sus operaciones en el mar. Muchas de estas gentes se quedaron allí mezclándose con la población indígena, para dar un tipo de población autóctono y único en la Isla.

Dícese que, durante nuestras Guerras de Independencia, numerosos mambises encontraron allí refugio seguro, y que algunos no salieron. Pero es lo cierto que, la parte más importante de la masa de sus actuales habitantes, tiene sólo unas décadas de residencia. Y data de esa época de transición económica en la Ciénaga, provocada por la extensión de la primera línea de ferrocarril que la cruzó de un lado a otro, comenzando en el central Australia —cerca de Jagüey Grande— y terminando en Soplillar —Caleta de Buenaventura. A partir de entonces es que se inició allí en grande la explotación del carbón y la madera. Recibiendo la población un fuerte refuerzo de fuera.

Según el último censo, ahora toda la Ciénaga de Zapata tiene unos 3 650 habitantes.

Nosotros diferimos de esas cifras. Por lo que observamos, las evasiones a este censo en aquel lugar han sido

sustancialísimas. Y es muy probable que haya más del doble de esa cantidad de habitantes.

Ahora, volvamos a Matea.

No hay manera de que ella nos ratifique la existencia del “sabaneo”.

Pacientemente, le hemos explicado que este matrimonio —determinado por una serie de causales económicos sociales, independientes de la voluntad de sus protagonistas— no tiene que ser necesariamente considerado inmoral. Sobre todo, desde un punto de vista estrictamente científico.

Pero, ni modo.

—¡Yo le digo que ésas son mentiras! Les han hecho creer a las gentes que aquí vivíamos como animales. Y eso no es verdad. Antes, nada más que había unas cuantas familias, ¡y todas muy decentes!

Tenemos que dejarla, y proseguir la pesquisa sociológica en otra parte.

Al fin, nos encontramos con un grupo de cienagueros, de viejos cienagueros que nos hablan sin reservas de la interesante cuestión. Sí, hubo “sabaneo” hasta época relativamente reciente en la región de Zapata. En Maniadero, dicen, se halla todavía una anciana que vivió esa etapa. Llegó a tener hasta dieciséis esposos a un mismo tiempo. Habitaba un ranchito apartado y nadie sabe cómo se mantenía, puesto que nadie le dio nunca un centavo. Tuvo alrededor de diez hijos. La mayoría anda por ahí trabajando la madera y el carbón. Y *cada uno de ellos tiene un apellido distinto*. La determinación de la paternidad, se dice, estaba en sus manos, y por lo regular se basaba en una relación más bien de afecto que de cálculo de probabilidades.

Esta mujer tenía un solo nombre. Lo cual es interesante. Puesto que en otros casos típicos de “sabaneo” la mujer ha tenido varios nombres diferentes. Uno para cada marido.

Un emporio de riqueza

Queremos salir de Santo Tomás, y no podemos.

La noche anterior a nuestra llegada, ha partido el barco cargado de maderas que recorre el Hatiguanico. Lo

hemos perdido. Y hasta dentro de tres o cuatro días no vuelve.

Pasamos la noche en el lugar. Como siempre, acogidos a la hospitalidad amable de la región. Y a la mañana siguiente, luego de ansiosas gestiones, logramos un vehículo para trasladarnos a un embarcadero cercano, donde es probable que obtengamos transporte hasta el sur de La Habana.

Antes de salir de Santo Tomás atravesamos unos *sitios* muy sembrados.

NUESTRO AGRADECIMIENTO

Los autores de este reportaje, desean declarar por este medio su más expresivo agradecimiento a cuantas personas cooperaron de una u otra forma a la realización del mismo.

Especialmente, quieren mencionar los nombres de Placer Quinter; Rubén Filgueira y hermanos; Octavio Lima, hijo, y encargado de la finca El Ebano; Pedro Cañellas y encargados de la finca Punta Perdices; Sixto Álvarez, Víctor Caballero, Celestino Novo, Roberto Morejón y Nicolás Abreu. Sin la ayuda de estas personas hubiera resultado extremadamente difícil adentrarse en la Ciénaga. De la misma manera que, sin la colaboración de los señores Ramón González y Rosendo Cabarcos hubiera sido tarea de conquistadores el salir de ella.

A ellos, y a todas aquellas personas de cuya orientación y generosa hospitalidad guardaremos el más preciado de los recuerdos, ¡muchas gracias!

21 de febrero de 1954, pp. 60-64 y 102



IRMA IZQUIERDO O EL CASO DE LA PEREGRINACIÓN ALEGRE

**Irma solamente camina unas cuatro horas diarias.
Por la carretera, la cruz se la cargan crédulos partidarios de su misión.
Casi siempre sale a caminar por la tarde, y al terminar la jornada deja la cruz
en algún bohío o casa al borde de la carretera.
Regresa a dormir a algún hotel o residencia donde le brinden alojamiento.
Los viajes de ida y vuelta al lugar donde deja y toma la cruz los realiza en un pisicorre,
Irma camina a una velocidad extraordinaria.
Es una muchacha bonita, alegre y decidora. No hay nada de ascetismo, misticismo
o curanderismo en su viaje. Ha aumentado siete libras. Y visita ciudades y pueblos,
en los intermedios de descanso, en una suerte de divertida gira turística.
En Taguasco tres médicos la examinaron.
Lleva una escolta permanente del Ejército con ella.**

La verdad, Irma, “La Estigmatizada”, me defraudó. Yo esperaba encontrarla caminando por la carretera, con su cruz a cuestas, y resultó que estaba descansando confortablemente en el cuarto de un hotel de Cabaiguán.

Yo imaginaba tropezarme con una muchacha seria, un poco reservada, quizá triste, con una mirada y unos ademanes que resultarían trasunto fiel del espíritu místico que acostumbra a impulsar las misiones religiosas. Y nada de eso. Me hallé en el hotel ante una muchacha joven, alegre, sociable, decidora, simpática, en cuyos ojos, en cuyos gestos, en cuya palabra, jamás pude captar un rasgo que reflejara la idea del origen extraterrenal que afirma tiene su peregrinación.

Pensé que estaría delgada, ojerosa, evidentemente agotada por el esfuerzo que supone el desandar a pie la interminable carretera.

Y también fallé en esa apreciación.

Ella misma me lo dijo, con una agradable sonrisa de satisfacción:

—Figúrate, desde que salí de La Habana he aumentado siete libras. ¡ Si sigo así, llego a El Cobre con 130 libras de peso, que es el sueño de mi vida!

—Pero Irma, hija, ven acá. Tú te pasas el día en la carretera, caminando con esa pesada cruz sobre tus hombros, pernoctando a la intemperie, durmiendo mal, seguramente que comiendo peor. ..

—Sí, pero déjame decirte...

—No, perdona, voy a terminar. Además de todo lo anterior, se supone que tienes encima la tensión nerviosa de la publicidad, el afán de muchos por conocerte y hasta por lograr unos pensamientos tuyos en su favor, dado que estás en contacto directo con la Divinidad... pues bien, a pesar de todo ello, te encuentro fuerte, animosa, y todavía me aseguras que has aumentado siete libras... ¡esto es asombroso!

—Pero, déjame explicarte viejo. Mira, Dios dice: cuídate que yo te cuidaré. Y es lo que yo hago. Si no, no voy a poder terminar mi misión.

—Y bueno...

—Pues aquí me tienes, ayer no salí y hoy tampoco. Me he quedado descansando en el hotel. ¡Pero mañana sí, mañana sí salgo!

—¡Oh!, ya entiendo. ¿Y a qué hora sales?

—A eso de las cuatro... o las cinco de la tarde.

—¿Y hasta qué hora caminas?

—No sé. Yo nunca sé bien cuándo comienzo a caminar ni cuándo termino. Depende de las órdenes que reciba de Dios. Él me lo dice...

—Pero más o menos...

—¡No sé! Te digo que no sé. Los otros días salí por la mañana y por la tarde. ¡Caminé 24 kilómetros! Pero otras veces salgo a las cuatro y regreso a eso de las nueve o las diez de la noche. Eso depende...

—Espera, esto cambia por completo lo que yo pensaba, vamos a hacer una cosa. Yo voy a acompañarte en tu próxima salida. Raúl, como fotógrafo, también vendrá. ¿Nos lo permites?

—¡Cómo no! ¡Cómo no! Eso está perfecto... ¿sabes? *Mi misión necesita publicidad...* así me lo ha pedido Dios. Si no es así no tendría razón de ser.

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana.

La cruz

La última vez que Irma había salido, dos días antes que yo me la encontrara en el hotel de Cabaiguán, había avanzado unos dos kilómetros más de ese pueblecito, y se había detenido frente a una casita de guano, *donde había dejado la cruz*.

Esto es interesante destacarlo. Irma no siempre lleva la cruz consigo. Cuando, casi siempre luego de anochecer, decide terminar la jornada de ese día, la deja en el lugar seguro más cercano, sea una vivienda o sea un cuartel. Entonces, ella regresa al pueblo más próximo, donde se aloja en un hotel o en casa de alguna familia que se le haya ofrecido.

Irma dice:

—Tengo órdenes de Dios de no adelantarme nunca a la cruz. Cuando decido terminar de caminar, la dejo en algún lugar, donde la inspiración me diga que hace falta. ¿Y sabes una cosa? ¡Siempre ha venido a quedar en alguna casa pobre, donde es necesaria la presencia de Cristo: si vieras lo contenta que se puso

la viejita donde la dejé las otras noches, cerca de Cabaiguán! Un hijo se le había muerto en un accidente días antes. Y ella estaba enferma. ¡Lloraba de emoción cuando le dije que dejaba la cruz en su bohío!

El pisicorre

Y otro dato de interés.

Cuando Irma, luego de dejar la cruz en algún punto del camino, regresa al hotel donde se aloja —o, como hemos dicho, a alguna casa particular o cuartel donde decida pernoctar— no lo hace a pie, sino que utiliza para ello un pisicorre azul, modelo de 1956.

En este pisicorre lleva sus maletas de viaje, y también infinidad de utensilios y objetos de cierta utilidad práctica: desde un farol de luz brillante hasta una caja conteniendo refrescos fríos.

Andando por la carretera el pisicorre va por delante, y de cuando en cuando se detiene, para esperar a Irma que, usualmente seguida por una columna de personas, en ocasiones interrumpe la marcha para refrescar.

Le dijimos a Irma :

—Oye, ¿es cierto que ese pisicorre es una donación, más o menos oficial?

Se quedó callada un momento y respondió:

—No, es de la finca de mi familia.

Luego de algunas horas de caminata, tras dejar la cruz en manos seguras, Irma, con su esposo y otros familiares que la acompañan en su peregrinación, toma el pisicorre y regresa al lugar donde va a pasar la noche. Al día siguiente, si decide salir de nuevo, vuelve a montar en el vehículo, recoge la cruz donde la había dejado, y reinicia la marcha .

Quién carga la cruz

Y otro dato más:

Usualmente, Irma no carga la cruz. La saca del lugar donde la ha dejado la vez de la última marcha y, ya al borde de la carretera, la entrega a alguien, casi siempre algún vecino de la zona, quien se la echa sobre los hombros, y comienza a caminar precedido por ella. Cuando se acerca a algún pueblo, sin embargo, Irma vuelve a tomar la cruz, y lo atraviesa con ella a cuestas en medio del pasmo de la muchedumbre que acude a verla.

El rápido paso de Irma

Lo que sí es sorprendente en la peregrinación de Irma es su rapidísimo paso.

Desde antes, la gente me lo decía:

—Oigame, a esa muchacha no hay quien la siga. ¡Camina con una velocidad fantástica!



¿Acaso le parezco loca? Dios me ha ordenado cumplir con una misión.

Y es verdad. Parece increíble la energía que despliega en su marcha la joven andarina. Irma es delgada y menuda. Va vestida sencillamente, blusa y falda generalmente, y usa una de esas populares sandalias, sin tacones ni talón, que se amarran al pie con unos sencillos cordones. Así apoyando casi directamente las plantas en el pavimento, camina con un paso largo y rápido, que es casi imposible de emular, aun por los hombres más robustos.

Medido por el reloj y los marcadores de la carretera, Irma avanza a un ritmo de siete kilómetros por hora (unas setenta cuerdas de 100 metros cada una), lo que ciertamente es extraordinario. Además, con breves descansos, puede mantener ese paso durante tres y cuatro horas seguidas.

Durante el trayecto no pierde la sonrisa ni el espíritu animoso.

En una parada de cinco minutos, ya a unos cinco kilómetros de Jatibonico, se sentó unos momentos en el asiento delantero del pisicorre, para saborear un refresco de piña. La cruz, a un costado de la carretera, la sostenía un guajiro joven, vestido de blanca guayabera.

Desde lejos me llamó, enarbolando en alto una botella: —¿Quieres un refresco?

Cuando llegué junto a ella, tarareaba alegremente una canción popular.

Nada de misticismo

Eso de la alegría que despidе la personalidad de Irma Izquierdo es uno de los hechos más interesantes y contradictorios de su caso.

Lo común es que las “estigmatizadas” sean personas de carácter recogido, introvertido, y transido de ascéticos afanes. Irma es todo lo contrario. Es



He aumentado siete libras y cuando llegue a El Cobre pesaré ciento treinta: mi sueño.



¿Un cigarro cubano? Sí, como no. Visité el Salto del Hanabanilla y retraté a Jesucristo.

habladora. Ríe constantemente y de modo agradable. Vista de cerca es muy bonita, y se arregla con cuidado y se pinta las uñas.

Al hotel de Cabaiguán donde paraba le llevaron unas fotos que le habían tomado en Cienfuegos, y en la que se muestra abrazando un crucifijo y teniendo la alborotada cabellera sujeta por una mantilla.

Lucía realmente hermosa en la foto. Y ella, que lo sabía, lo demostraba ruidosamente, saltando de alegría: —Esta foto está formidable. ¡Es un tiro! ¡Es un tiro! El esposo, un mocetón joven y alto, examinaba también entusiasmado una ampliación en la que aparecían los dos juntos:

—¡Mira cómo quedamos aquí! Está salvaje esta foto. No hay, repetimos, nada de ascético sacrificio en la peregrinación de Irma.

—He aumentado de peso, porque descanso suficiente y ¡tengo un apetito bárbaro!

El espíritu místico que es ya tradicional en este tipo de misiones, también es extraño por completo al curioso grupo. No la vi nunca rezar. Tampoco entrar en una iglesia. Y la única oración que reparte, a veces, es la contenida en una pequeña hojita impresa, en la que ruega por la paz y el amor entre los hombres.

Sin embargo, en una ocasión me dijo:

—Yo rezo mucho por las noches. Y el próximo domingo pienso ir a comulgarme.

—¿Eres católica?

—Bueno... sí, yo antes iba todos los domingos a la Iglesia; pero no soy fanática ¿sabes? No soy fanática.

Que sepamos, tampoco se las da de curandera.

Pero también me confesó con ingenua sinceridad:

—Mira, una señora que estaba mala, desde que vio la cruz, dice que se siente mejor. Chico, y me han llevado a ver cada cosa... que me dan horror. Vi un niño que tenía la cabeza muy grande... muy grande, y el cuerpo chiquito... enfermo ¿sabes? Pobrecito, quedé muy impresionada... era “un fenómeno”.

Y estando en el hotel, llegó ante ella una señora joven, con tres niñas, entre los siete y los diez años. Quería que Irma las viera. ¿Para qué? No lo dijo, y creo que mi presencia la desconcertó un tanto.

Irma acarició los rubios cabellos de una de las chiquillas.

Yo pregunté:

—¿Están enfermas?

—Estas dos, sí. A la más chiquita le sacamos la semana pasada una solitaria de siete varas...

—Umm... ¿la llevó al médico?

—Sí.

—Pero quiere que Irma las vea ¿verdad?

—Bueno... sí...

Irma intervino entonces:

—Son preciosas las chiquillas. Cúrelas. Mire, yo he oído decir que el cocimiento de cundiamor es bueno... en ayunas. Quizá, si se los da...

La señora asintió con la cabeza, y se retiró.

Tengo la impresión que iba un poco decepcionada.

Observaciones

No, ciertamente, por lo que vi, Irma no se las da ni de asceta ni de mística ni de curandera. Es esto, quizá, lo más desconcertante de su caso.

Los hombres de ciencia que lo han enjuiciado le han encontrado, por supuesto, una explicación razonable a las crisis que sufre en ocasiones, aun a los propios estigmas. En cuanto a estos últimos se ha apuntado, inclusive, que se trata de una burda superchería. Más abajo insisto sobre esto.

Pero ahora, permítaseme una observación.

Dando por hecho la veracidad del enfoque científico del caso, y todavía aceptando la posibilidad de una superchería, a mí, personalmente, no me pareció que Irma sea el tipo de persona que, por sí misma, por sí sola, sea capaz de elaborar y poner en práctica un plan de engaño público de la envergadura del que, supuestamente, de acuerdo con el citado criterio, está llevando a cabo.

Irma es una muchacha demasiado joven, demasiado sencilla, demasiado espontánea, para ello.

Esta afirmación no se contradice con la explicación científica del caso. En cambio, si se contradice con la que da por sentado la existencia de una superchería, *al menos, se contradice con la tesis de una superchería cuya iniciativa y planeación corresponde a la propia Irma.*

Los acompañantes

A Irma la acompañan en su viaje varios familiares, amén de la escolta permanente que el Ejército le tiene asignada, y de la multitud de personas que, por curiosidad, o por creencias religiosas, la siguen.

La persona más allegada a la peregrina es su esposo, quien está siempre junto a ella.

Además, un cuñado, que maneja el pisicorre, y los suegros, que llevan un automóvil.

Eladio, es otro acompañante y persona vinculada a la familia. Es un hombre de constitución robusta, edad mediana, siempre taciturno y silencioso, aunque es un hecho que está al tanto de todo.

Algo de turismo

El viaje de Irma tiene sus aspectos turísticos.

Me dijo:

—¡Muchacho, cómo estoy conociendo a Cuba! Luego que dejé la cruz en una casa, fui a Cienfuegos, y vi el salto del Hanabanilla. Tengo una invitación para ver Topes de Collantes mañana, pero con la gripe que me ha caído no voy a poder ir.

Y saltando, como una chicuela a la que se ha olvidado de contar algo agradable:

—¡Oooye! Por poco no te digo lo más importante. En el Hanabanilla *retraté* a Nuestro Señor Jesucristo. Raúl sonríe escéptico:

—Sí, lo retrataste... ¡pero a que se te perdió la fotografía!

Nos miró seria y respondió:

—Sí, la perdí.

—Eso lo sabía yo.

Y de nuevo saltó con pícaro sonrisa:

—¡Mentira! ¡Mentira! Los engañé... aquí tengo la foto. ¡Desconfiados!

Se dirige a la maleta, y extrae una foto tomada del salto famoso.

—Irma, la verdad, aquí yo no veo nada.



Luego de un fuerte aguacero cerca de Jatibonico y escoltada por guardias como en muchos tramos de su viaje.

—¿Que no ves nada? ¿Y esto qué es? Mira esta sombra de aquí: es el cabello de Jesús. Y aquí la barba. Esto blanco es la vestidura. ¿No lo ves ahora?

—Bueno, me luce que hay un poco de imaginación aquí. Si tú miras las nubes en el cielo, puedes decir también: allí hay un castillo, allí un automóvil... pero eso no quiere decir que lo haya de verdad. Esto me parece más bien el juego de claroscuros que forma la cascada, claro, con un poco de esfuerzo se puede estimar que la figura...

—Pero, muchacho, si en las otras fotos no se ve. Solamente en la que yo saqué. ¡Aquí está Jesús! Tal y como yo lo veo siempre. Como lo veo ahora...

Las visiones

—¿Cómo lo ves ahora?

Me viré, rebuscando por todo el cuarto.

—Yo no lo veo, Irma. ¿Dónde está?

—Ahí mismo. Yo sí lo puedo ver. Tal y como te estoy mirando a ti.

—¿Y cómo es? ¿Joven? ¿Viejo? ¿Viste como yo?

—Como tú.

—¿En mangas de camisa?

—No, con una bata blanca. Tiene barbas. Y el pelo como yo; pero partido al medio.

Me quedé callado. Y no insistí más.

Dos días después, alrededor de las diez de la noche, la fuimos a ver a Taguasco, donde iba a pasar la noche en la residencia del teniente Pascual Arango, bajo cuya protección estuvo, hasta ser relevado, en Jatibonico, por otro oficial a cargo del Distrito correspondiente.

El pequeño chalet estaba lleno de gente.

En la sala conversamos con Irma, sentada en un sillón. Decía que tenía gripe y se le notaba en la voz un poco tomada y en cierto estado febril.

De pronto, se quedó seria.

—Lo veo de nuevo, ahora crucificado, los pies le sangran... ¡ay! ¡ay!, Dios mío, siento los latigazos de nuevo... ayyyy...

Se encogió sobre sí misma en el sillón, algo crispada. El esposo vino en su auxilio, y la tomó por los brazos.

Ella decía:

—El otro brazo mi hermanito... el otro brazo... ¡oooh!

Entonces se enderezó. Lucía tranquila y serena.

—Ya pasó todo.

El esposo le levantó luego los brazos, y mostró unas marcas que le aparecían en las caras interiores de ambos miembros.

—Las marcas de los latigazos... ¿las ven?

Una jovencita que estaba en la sala, lloraba emocionada. Los demás guardaban respetuoso silencio.

No estoy loca

Un chiste aligeró algo la tensión ambiental.

Y nos dijo Irma:

—Vi el reportaje que salió hoy en *Carteles*. ¡Chico, en *Carteles* me tiran mucho! El otro día apareció un artículo que decía: el caso de la estigmatizada... una... una... este, ¿cómo era la palabra? Ah, sí, ¿una superchería?

—Bueno Irma, la prensa tiene que ser objetiva, hemos publicado opiniones en favor y en contra...

—Eso sí es verdad. ¿Pero si hacen un survey de éstos, no crees que perderé?

—No sé. Tu caso es muy polémico.

—Sabrás que no estoy loca. Ahí en tu revista hay uno que dice que yo estoy loca ¡y él sí tiene un tipo perfecto para Mazorra! Yo de loca no tengo nada.

—Sin embargo, en cierta ocasión te llevaron a un psiquiatra.

—Porque mi familia se preocupó, porque yo andaba triste. ¡Y era porque no tenía hijos! Yo siempre he querido tener hijos. Parece que Dios no lo quiso así, hasta que yo, quizá, cumpliera esta misión.

—¿Qué te dijo el psiquiatra?

—A mí los médicos siempre me han hallado bien. Y hasta me dijeron que podía tener hijos. Mi esposo también se examinó. Igual que yo: está bien. ¿Te parece que estoy loca?

—Como parecerlo, no.

Examen médico

Al día siguiente, durante el mediodía, llegaron tres médicos de las cercanías, a examinar a Irma.

Yo me pregunté: ¿nos dejarán pasar a Raúl y a mí a la habitación donde se realiza el chequeo? Pero salí de dudas muy pronto, ya que la propia Irma solicitó:

—Que dejen pasar a los de *Carteles* mi misión requiere publicidad.

Los médicos eran unos jóvenes profesionales, en mi opinión muy capaces. Se trataba de los doctores Gregorio Martín Leal, Jorge Ruiz Ramírez y Pedro A.

Mencia; además, traían como auxiliar al farmacéutico Reinold González.

Fue un examen físico. Tomaron el tiempo de coagulación de la sangre de Irma (dio normal), el de hemorragia (normal también) y le hicieron la prueba de fragilidad capilar de Rumpell Leede, que dio negativa. Asimismo, le tomaron la presión arterial (normal).

Pero más interesante fue que tomaron muestras y examinaron cuidadosamente los estigmas de la piel de la joven peregrina.

A solas, después, el doctor Martín Leal me dijo:

—Las lesiones que presenta Irma en la cara interna de ambos brazos son equimosis traumáticas.

—Es decir, en su opinión, algo así como lesiones provocadas.

—Exacto. Las lesiones que presenta en el dorso de ambos pies se descaman y desaparecen parcialmente por el curetaje suave de la piel.

—¿Y las letras de la palabra INRI que tiene en las piernas, doctor, qué piensa usted de ellas?

—Bueno simple dermatografismo.

—O sea, escritura en la piel... más o menos bien hecha.

—Seguro.

—¿Le luce a usted Irma una muchacha sana?

—Físicamente, sí.

—¿Y mentalmente, doctor? A mí me luce normal, aunque le noto las manos frías y sudorosas que tipifican los casos de trastornos neurovegetativos.

—Desde luego. También observé la sudoración y frialdad de manos y pies, y es correcto eso que usted apunta. Pero tenga en cuenta que yo me he limitado a un breve examen clínico. Y hay el hecho de esas crisis que se dice le dan. En fin, sobre esto último no puedo dar, o, en última instancia, me reservo mi opinión. ¿Comprende?

—Sí, doctor. Muchas gracias.

Un episodio

Aún cuando camine de noche, Irma cuenta con una multitud de seguidores en su marcha.

De noche la peregrinación es más impresionante. La oscuridad, los faroles encendidos, la caminata rápida y agotadora, casi le imprimen a la columna un carácter fantasmal. El tránsito se interrumpe con frecuencia por la carretera. A veces una larga cola de automóviles se inmoviliza al borde de aquella, y un sordo clamoreo de rumores, comentarios, gritos de admiración o de aguda crítica se escuchan.

Una noche de éstas, rumbo a Jatibonico, poco después de pasar el entronque de Taguasco, Irma se desvaneció. La marcha se detuvo en seco.

Varios miembros del Ejército la montaron sobre una motocicleta, tratando de reanimarla. Una mujer comenzó a besarle los pies, llorando. Y, entonces, un oficial se hizo cargo de atenderla, pasándole la mano sobre la frente y batiéndola luego con los movimientos típicos de los ritos espiritualistas.

Al cabo, Irma volvió en sí.

Y en Taguasco me contó:

—Con la gripe, no había almorzado ni comido este día, porque he perdido el apetito. Entonces, me dio una fatiga.

—Chica, entonces lo que tú necesitabas en la carretera era un buen trago de Poción Jacout.

—Irma, no querrás decir que...

—Sí, después voy a Jerusalén.

—Entonces.. pues...

—¿Qué?

—Buen viaje, Irma, de corazón, buen viaje.

Los seguidores

A medida que Irma se acerca a una población, el número de sus seguidores aumenta. Muchos son simples curiosos. Otros, no. A unos tres kilómetros de Jatibonico, en los límites de las provincias de Las Villas y Camagüey, ya había varios cientos de personas que se acercaban a la columna, en una especie de recibimiento espontáneo.

La entrada en Jatibonico fue punto menos que apoteósica.

Medio kilómetro antes, Irma había recuperado la cruz, y con su paso ágil y ligero comenzó a atravesar el pueblo, mientras miles de personas cubrían materialmente las calles y aceras el ejército trataba enérgicamente de abrir paso, y restablecer el tránsito.

Esto es explicable. En el interior de la Isla el tema de actualidad básico es la peregrinación de Irma. No se habla de otra cosa. Unos con incredulidad, otros con ironía, algunos con dudas, los más con curiosidad. No faltan, por supuesto, los decididos partidarios de la muchacha, que claman por el reconocimiento del carácter religioso y sobrenatural del caso.

La circunstancia de que el Gobierno ha facilitado, por diversos medios, el desenvolvimiento de la joven en su viaje, también ha contribuido a darle relevancia, y a convertirlo en el punto focal de la atención pública en el interior, por donde, a su paso deja de hablarse del tiempo muerto, las dificultades económicas, la política y hasta el calor, para centrar todos los comentarios en la posibilidad de los estigmas de Irma, y el peso de la cruz, que no pasa de 25 libras; pero que muchos aseguran que llega a 60.

¿A Jerusalén?

Y con esto, cerramos nuestro reportaje objetivo sobre el interesante y polémico caso.

Esperemos que Irma cierre a su vez este episodio de su vida con el arribo a El Cobre, meta actual de su misión. Aunque por supuesto, tenemos nuestras dudas de que todo termine ahí. ¿Por qué? Pues por algo que ella misma nos dijo, confidencialmente allá en el hotel de Cabaiguán.

¿Se las reproducimos al lector? Vale la pena.

—Mi amigo, tengo la impresión de que esto no termina en El Cobre.

¿Cómo?

—Sí, veo en mi vida y así me lo indica el Señor, un viaje largo... muy largo... a un lugar muy santo.

15 de julio de 1956, pp. 46-48, 72 y 82

